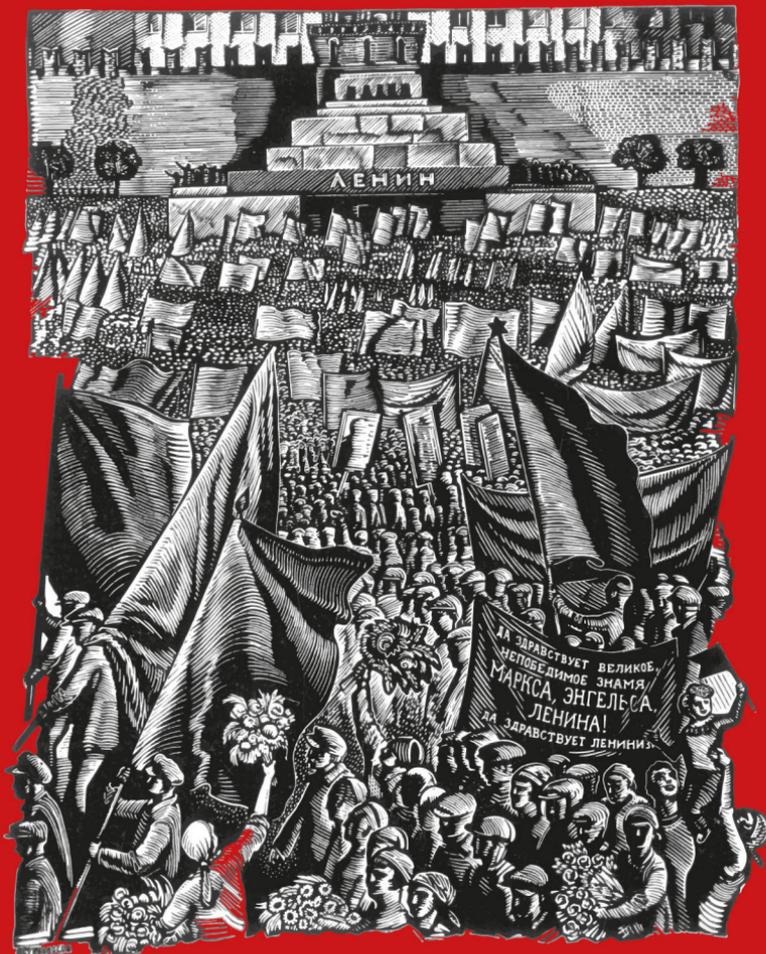


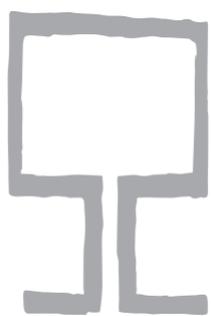
LD ЯЕВОЛЦСИ ЯЦСД VI ЕХДМЕИ СЯТІСО ROSA LUXEMBURGO



Fundación Editorial



elperroy larana



LD ЯЕВОЛЦІОИ ЯЦЗД VI ЕХДМЕНИ СЯІТІСО

Fundación Editoria



elperroylarana

© Fundación Editorial El perro y la rana / Terramar ediciones, 1^{ra}. edición, 2017
Primera edición: Terramar ediciones, 2008

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Imagen de portada

N. Andréiev

Edición

Pablo Ruggeri

Corrección

José Jenaro Rueda R.

Diseño de portada y diagramación

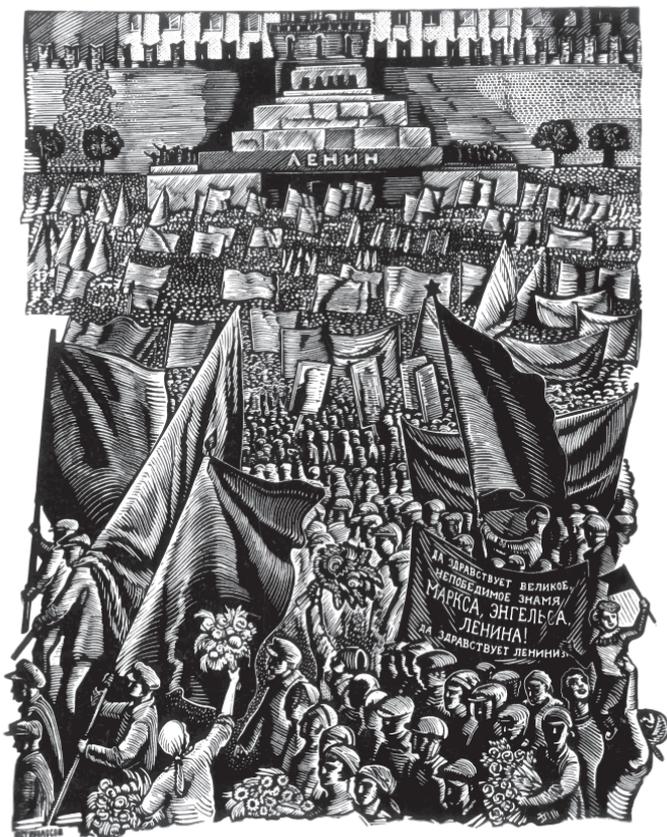
Mónica Piscitelli



Esta licencia permite la a redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2017002433
ISBN: 978-980-14-3968-4

LD ЯЕVOLЦІОИ ЯЦЗД VI ЕХДМЕИ СЯІТСО ROSA LUXEMBURGO





Rosa Luxemburgo (1870-1919)

NOTA EDITORIAL

El presente año se conmemora el centenario del triunfo del movimiento popular más importante del pasado siglo. La Revolución de Octubre es un acontecimiento clave para la historia del siglo XX, propició transformaciones drásticas en todas las esferas de la vida social, cultural y política. Hasta el día de hoy, sus implicaciones siguen siendo objeto de estudio por parte de los historiadores, investigadores y escritores que tratan de explicar sus consecuencias e influencia en el contexto histórico internacional.

Rosa Luxemburgo ocupa un lugar especial en el imaginario revolucionario mundial, su figura y pensamiento han trascendido y desbordado el tiempo histórico. Su obra posee una gran vitalidad y una especial actualidad.

La Fundación Editorial El perro y la rana, comprometida con la divulgación del pensamiento crítico y progresista, presenta *La Revolución rusa. Un examen crítico*, texto escrito por Rosa Luxemburgo durante su reclusión en la cárcel de Breslau, entre los años 1916-1918. Desde su confinamiento, seguía con profundo entusiasmo el desarrollo del triunfo del proletariado, temerosa de no poder resistir la furiosa embestida de sus enemigos. Todo lo que escribió sobre Rusia lo hizo con la profunda convicción de extraer experiencia vital y necesaria para la movilización definitiva del movimiento obrero internacional; a pesar de ello, no tuvo impedimento para expresar su desconfianza sobre los procedimientos bolcheviques.

La presente edición fue compilada y revisada por el argentino exiliado en México, José Aricó, director en su momento de la Biblioteca del Pensamiento Socialista.

Incluye un artículo escrito por Georg Lukács en 1922, donde el intelectual marxista expone cuestionamientos y objeciones a las ideas de Luxemburgo sobre el oportunismo, la burocracia y los métodos bolcheviques en la Revolución rusa.

PRÓLOGO

En la presentación de la edición francesa del trabajo de Rosa Luxemburgo sobre la Revolución rusa, Robert Paris señalaba con justeza que “Reeditar a Rosa Luxemburgo es ante todo un acto político, una actividad partidista (...) porque el ‘luxemburguismo’ se definió esencialmente como un radicalismo revolucionario”. Hacerlo a cincuenta años de su muerte y casi cien de su nacimiento*, en un idioma donde sus obras políticas son prácticamente desconocidas, adquiere una doble significación: la de un homenaje a la revolucionaria asesinada por el canalla de Noske y, a la vez, la del rescate de una elaboración teórica y política fundamental para el marxismo, silenciada durante largos años por el estalinismo. Hoy su nombre aparece repetidamente en las manifestaciones políticas de la nueva izquierda, de los estudiantes, obreros, etc. Hasta aquellos que de socialistas tienen solamente el nombre pretenden utilizarla contra la revolución. ¡Destino singular el de esta mujer: ser incomprendida y combatida por amigos y enemigos, pero en el fondo temida por todos! Porque ni la socialdemocracia supuestamente “democrática” ni la misma Unión Soviética, muerto Lenin, pueden soportar la carga antiburocrática, antidictatorial, pero socialista del pensamiento de Rosa Luxemburgo. De allí que, para los timoratos, valga la pena recordar lo que alguna vez dijera Lenin respecto de sus obras, y de la presente en particular:

★ Para el momento en que se efectúa esta coedición (2017), conmemoramos 147 años del nacimiento de esta luchadora revolucionaria y 98 años de su trágica desaparición física (N. del E.).

Paul Levi quiere hacer ahora especiales méritos ante la burguesía –y, por consiguiente, ante sus agentes, la II Internacional y la Internacional II y media– a través, precisamente, de la reedición de las obras de Rosa Luxemburgo, en las cuales esta no tenía razón. Le responderemos con dos líneas de una de las mejores fábulas rusas: en ocasiones, las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero estas jamás podrán elevarse a la altura de aquellas. Rosa Luxemburgo se equivocó en el problema de la independencia de Polonia, lo mismo que en 1903, en su apreciación del menchevismo; cometió un error respecto de la teoría de la acumulación del capital; y en julio de 1914, cuando junto con Georg Plejánov, Émile Vandervelde, Karl Kautsky y otros, defendió la unión de los bolcheviques y los mencheviques; son errados sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, al salir en libertad, a fines de 1918 y principios de 1919, ella misma corrigió en gran medida sus errores). Pero a pesar de todas sus equivocaciones, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo un águila; y no solo su memoria será siempre valiosa para todos los comunistas, sino que su biografía y la edición de sus obras completas (la cual demoran demasiado los comunistas alemanes, quienes solo en parte merecen ser disculpados por la inaudita cantidad de víctimas que tuvieron en su dura lucha) serán también lecciones utilísimas en la educación de muchas generaciones de comunistas del mundo entero. “La socialdemocracia alemana después del 4 de agosto de 1914 es un cadáver hediondo”: he aquí la sentencia de Rosa Luxemburgo, con la que su nombre pasará a la historia del movimiento obrero mundial. Mientras tanto, en el patio trasero del movimiento obrero, entre montones de estiércol, las gallinas de la especie de Paul Levi, Scheidemann, Kautsky y toda su camarilla, seguirán admirando, por

supuesto y sobre todo, los errores de la gran comunista, a cada uno lo suyo.¹

Los errores señalados por Lenin, hoy, no nos parece que tengan la magnitud que él les asignaba. Su teoría de la acumulación del capital es menos errónea y más actual de lo que se piensa. Sus advertencias sobre los peligros del abuso de poder, presentes en este volumen, se vieron trágicamente corroboradas por el estalinismo; las contradicciones de la concepción centralista esbozada por Lenin en *Un paso adelante, dos atrás*, y el peligro de degeneración burocrática que ella entrañaba, adquieren la validez de una predicción a la luz de las características de la mayoría de los partidos comunistas en el presente. De todas maneras, independientemente de sus errores, el pensamiento de Rosa Luxemburgo se nos presenta de una actualidad sorprendente. Es quizás esa actualidad lo que atemoriza tanto a los dogmáticos y los impulsa a seguir silenciando a la gran revolucionaria.

Para la preparación de este libro nos hemos basado en las siguientes ediciones:

Rosa Luxemburgo, *Scritti scelti*, Edizioni Avanti, Milano, 1963; obra excelente con un gran aparato crítico a cargo de Luciano Amodio, que hemos utilizado y transcrito en nuestra versión, pero que tiene la limitación de no incluir íntegramente los trabajos.

Rosa Luxemburgo, *La révolution russe*, François Maspero, París, 1964; reproduce la vieja traducción de Bracke (A. M. Desrousseaux), pero incluye un nuevo prefacio de Robert Paris.

1 V. I. Lenin. "Notas de un publicista", *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú: 1973, t. xii, p. 109.

El artículo de Lukács fue traducido de la edición francesa de *Historia y conciencia de clase* (Georg Lukács, *Histoire et conscience de classe*, Editions de Minuit, 1960, París).

JOSÉ ARICÓ

NOTA BIOGRÁFICA

Rosa Luxemburgo nació el 5 de marzo de 1870, en Zamość, pequeña ciudad próxima a Lublin, en la Polonia rusa. De familia judía, logra, no obstante, hacer sus estudios en el Segundo Gimnasio Femenino de Varsovia, ciudad a la cual se había trasladado su familia. En 1887 se adhirió al Partido Socialista Revolucionario "Proletariat", organización clandestina vinculada con extremistas rusos. Un año después emigra a Zurich, donde estudia Ciencias Naturales y luego Economía Política bajo la guía de Julius Wolf.

En Zurich se relaciona con el grupo de emigrados rusos y polacos: Georg Plejánov, Paul Axelrod, Parvus (Alexander Helphand), Vera Zasulich, Julian Marchlewski y Adolf Warszawski. Pero es su vinculación con Leo Jogiches, en 1890, la que determinará un cambio profundo en su vida. En un comienzo su actividad política estuvo circunscrita al Partido Socialista Polaco, dividido por ese entonces en dos alas: una nacionalista, organizada en el Partido Socialdemócrata Polaco de Galitzia y Silesia (1892) y en el Partido Socialista Polaco (1882), de Pilsudski; y otra internacionalista, organizada en la Socialdemocracia del Reino de Polonia (1893) y luego de Lituania (1899). La primera tendencia quería la reconstitución de Polonia como premisa para cualquier reforma social y, apoyada por el mismo Engels, era la favorita de la Segunda Internacional. Recordemos, al respecto, que la lucha por una Polonia unida e independiente fue siempre una de las constantes del pensamiento político de Marx y Engels. Es por ello que en 1893 el Congreso de la Segunda Internacional, en Zurich, se negó a reconocer el

mandato extendido a Rosa Luxemburgo por el ala internacionalista. Sin embargo, logró participar en él y pudo desarrollar su tesis acerca de la subordinación de la cuestión nacional polaca a la caída del absolutismo ruso. Esa discusión le abrió las páginas del semanario teórico de la socialdemocracia alemana, *Die Neue Zeit*, y la vinculación estrecha con su director: Karl Kautsky.

Después de una breve estadía en Francia, donde conoció a Jules Guesde y Édouard Vaillant, contrae matrimonio simulado con Gustav Lübeck, con el fin de obtener la ciudadanía alemana y poder trabajar en el movimiento socialista sin riesgo de expulsión.

En mayo de 1898 entra a formar parte, en Berlín, de la socialdemocracia alemana. En septiembre del mismo año es designada para ocupar el puesto de Parvus (expulsado por la policía) en la dirección de la *Sächsische Arbeiterzeitung* de Dresden, pero se vio obligada a renunciar poco después debido a su enfrentamiento con Georg Gradnauer, socialdemócrata de derecha. Colaboró sobre todo en *Neue Zeit* y en *Leipziger Volkszeitung*. En este último periódico escribe los artículos polémicos contra Bernstein, recogidos luego en el libro *¿Reforma social o revolución?* Su ortodoxia revolucionaria marxista la lleva a rechazar violentamente la participación del dirigente socialista francés Alexander Millerand en el gobierno burgués de Waldeck-Rousseau en 1899. Polemiza también contra la posición "republicana" de Jean Jaurès, que servía de cobertura ideológica del "millerandismo".

Junto con Kautsky contribuye decididamente a la lucha contra la desviación revisionista que comenzaba a expandirse en la Segunda Internacional.

Con respecto a la socialdemocracia rusa, Rosa Luxemburgo se inclinó, al comienzo, por los mencheviques y critica duramente las posiciones asumidas por Lenin en el

Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR).

En su artículo "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa" (1904), acusa a Lenin de blanquismo por su concepción organizativa. Sin embargo, en modo alguno puede caracterizarse a Rosa Luxemburgo como menchevique: sus posiciones vacilaron entre una y otra corriente y fueron probolcheviques en el congreso de Londres de la socialdemocracia rusa (1907), formó un bloque con los bolcheviques en el congreso de la Internacional en Stuttgart (1907), y fue corredactora con Lenin (y Yuli Mártov) de la enmienda revolucionaria a la moción de August Bebel contra la guerra. En la época de la Primera Guerra Mundial, Rosa Luxemburgo y Lenin contribuyeron ambos a la formación de un frente común contra la guerra y el socialchovinismo.

En noviembre de 1905, luego del triunfo de la izquierda en el Congreso de Jena del Partido Socialdemócrata Alemán, entra a formar parte de la redacción de *Vorwärts*, órgano oficial del partido, pero un mes después viaja a Varsovia para participar en las acciones revolucionarias que sacudían el imperio de los zares. Es arrestada en 1906 y logra la libertad varios meses después, previo pago de una caución de 3.000 rublos. En su folleto *Huelga de masas, partido y sindicatos*, intenta generalizar la experiencia de la Revolución rusa de 1905 y su validez para los países de Europa occidental.

De regreso a Berlín es designada en 1907 profesora de Economía en la escuela del partido, en sustitución de Hilferding. Fruto de sus enseñanzas elaboró una *Introducción a la Economía Política*, que no alcanzó a publicar en vida. A fines de 1912 publicó su libro más conocido, *La acumulación del capital*, y que fuera atacado violentamente desde todos los sectores del partido. Como señala Amodio:

... en general se le opone la autosuficiencia del capitalismo, y de parte de los kautskyanos, la estructura político-militarista del imperialismo, vale decir, una interpretación epifenoménica. Los leninistas, a su vez, subrayaron el carácter financiero-monopolista del capital imperialista. Por su parte, los revisionistas y centristas condenaban la tesis inherente (...) de la imposibilidad de un mejoramiento efectivo y constante del salario real y del 'trabajo de Sísifo' de los sindicatos; y la consiguiente deducción de la vacuidad de cualquier política socialreformista, la impotencia de toda forma de democracia burguesa.

En 1910 rompe con Kautsky debido al desplazamiento de este hacia posiciones conciliadoras con el oportunismo creciente de los jefes socialdemócratas. En septiembre de 1913, en un discurso pronunciado en Frankfurt del Meno, llama a los soldados alemanes a no combatir en una guerra contra Francia. Debido a esto, en febrero de 1914 es condenada a un año de cárcel, con suspensión de la pena debido a sus condiciones de salud.

En 1914 estalla la Guerra Mundial y la Internacional Socialista desaparece con ella. Cada partido socialdemócrata se une a la burguesía de su país contra sus hermanos de clase de otras naciones. Los parlamentarios socialistas alemanes votan el 4 de agosto de 1914 los créditos de guerra. Rosa Luxemburgo, junto con Clara Zetkin, Franz Mehring, Karl Liebknecht y otros forman el grupo "Internacional", luego denominado "Spartakusbund" ("Liga Espartaco"). Cuando se produce la división del Partido Socialdemócrata Alemán y los sectores pacifistas forman un nuevo partido (Socialdemócratas Independientes), la Liga Espartaco se adhiere a él, aunque manteniendo su autonomía organizativa.

En el período que va de febrero de 1915 a noviembre de 1918, excepto de febrero a julio de 1916, Rosa Luxemburgo estuvo encarcelada.

Desde la cárcel escribió en 1915 su célebre panfleto contra la guerra titulado "La crisis de la socialdemocracia", y que firmará con el seudónimo de Junius. Lenin critica exhaustivamente ese trabajo y una vez más vuelven a evidenciarse las diferencias que la separan de él: sobre la cuestión nacional, las etapas de la revolución, la necesidad del partido revolucionario independiente, etcétera; pero no obstante, en el artículo que le dedicara ("Acerca del folleto de Junius"), Lenin concluye manifestando su confianza en el camino emprendido por los izquierdistas alemanes, encabezados por Rosa Luxemburgo.

Liberada el 9 de noviembre de 1918, en momentos de la revolución alemana, se vuelca de lleno al trabajo político. El 18 de noviembre publica el primer número del diario espartaquista *Die Rote Fahne*. Los espartaquistas rompen con los socialistas independientes y junto a los "radicales de izquierda" forman el 30-31 de diciembre el Partido Comunista de Alemania.

En enero de 1919 la gran burguesía alemana, aterrorizada por las vastas acciones de masas que se desarrollaban en Berlín, utiliza el ejército y las organizaciones paramilitares, instrumentadas por el socialdemócrata de derecha Gustav Noske, para reprimir sangrientamente la huelga general. El 11 de enero el movimiento de masas es derrotado y la soldadesca ensoberbecida se lanza al "terror blanco". En la noche del 15 y 16 de enero Rosa Luxemburgo es detenida y luego asesinada junto con Karl Liebknecht. Su cadáver, que fuera lanzado a un canal, solo se descubrió cinco meses después.

LA REVOLUCIÓN RUSA. UN EXAMEN CRÍTICO*

I¹

La Revolución rusa es el acontecimiento más importante de la Guerra Mundial. Su explosión, su radicalismo sin precedentes, su persistencia, representan el más rotundo desmentido al eslogan con el que la socialdemocracia alemana oficial trató de alimentar ideológicamente la campaña de conquistas del imperialismo nacional: el eslogan de que a las bayonetas alemanas les estaba asignada la misión de abatir el zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos. El desarrollo impetuoso que adquirió la Revolución rusa, sus repercusiones profundas sobre todas las relaciones de clase, su capacidad de afrontar el conjunto de los problemas sociales y económicos, su progreso coherente desde un estadio primero de república burguesa a fases cada vez más avanzadas con la fatalidad de una lógica interna –en relación con la cual el abatimiento del zarismo resultó ser un mero episodio anecdótico, casi una bagatela–; todo esto es la demostración palmaria de que la

* La presente traducción se basa en la edición de 1939 de Jean Flory Éditeur, la cual se basó en la primera edición completa de *Neuer Weg*. Sin embargo, la edición de Flory omitió los comentarios y notas de Felix Weil que aparecían en la de *Neuer Weg*. Dichas omisiones se reincorporan en esta edición. Tanto en las notas al pie de página como en el cuerpo de texto y en las titulaciones los agregados de Weil aparecen entre corchetes. Cuando en el cuerpo de texto el comentario de Weil excede cierta extensión de palabras se coloca en formato de cita con sus respectivos corchetes.

1 El número romano no pertenece al original.

liberación de Rusia no fue obra de la guerra ni estuvo condicionada por la derrota militar del zarismo, no fue una misión confiada a las "bayonetas alemanas empuñadas por alemanes", como la *Die Neue Zeit*² bajo la dirección de Kautsky señalaba en sus artículos de fondo, sino que tenía

- 2 *Die Neue Zeit*, xxxii, 2, (1913-1914), n.º 20 del 28 de agosto de 1914. Editorial titulado "Volkskrieg" ("Guerra del pueblo"), fechado "Berlín, 13 de agosto" y firmado "H. W." (se trata del diputado al Reichstag Hermann Wendel, por aquella época editorialista habitual de la *Die Neue Zeit*). En una nota de su recesión al folleto de Rosa Luxemburgo, publicada en *Der Kampf Sozialdemokratische Monatsschrift*, J. 15, n.º 2, febrero de 1922: "Rosa Luxemburg und der Bolschewismus", K. Kautsky, al señalar la ambigüedad de la cita, y como sin atribuírsela, no obstante se la endilgan, responde que su posición fue siempre la opuesta y que la cita, evidentemente no textual, tiende a confundir. En realidad, Rosa Luxemburgo da un extracto amplio del artículo donde aparece la expresión mencionada en la *Juniusbroschüre* (p. 52 de la edición Unionsdruckerei Bern, 1916). En el artículo se contraponen la resistencia del pueblo belga que vive en un país democrático, con la buena acogida a las tropas alemanas de parte de las poblaciones del imperio zarista. Se dice, además, como recuerda también Rosa Luxemburgo: "Una voluntad política precisa vive en la clase obrera alemana aunque los truenos de la guerra mundial se hayan desencadenado sobre sus cabezas: defenderse de los aliados occidentales de la barbarie oriental, para llegar a una paz honorable con ellos, y dedicarse a la destrucción del zarismo hasta el último aliento de nuestros caballos y de nuestros hombres". Wendel se había caracterizado en la primera sesión del Reichstag del 4 de agosto por aplaudir el discurso del canciller del Reich junto con los socialpatriotas Südekum, Heine, Frank, etc., pero en 1912 había firmado el manifiesto contra la guerra en el Congreso Extraordinario de la Internacional Socialista de Berna (24-25 de noviembre), y protestó contra la indiferencia socialdemócrata por la paz revanchista de Brest, en la *Frankfurter Volkstimme* de Frankfurt del Meno (cf. P. Froelich, "Les répercussions de la revolution russe d'étranger", "La social-democratie allemande et la Revolution d'Octobre", en la sección "Doctrine et Action" de *La Correspondence Internationale*, año 7, n.º 102, 8 de octubre de 1927).

profundas raíces internas y se presentaba como perfectamente madura. La aventura bélica del imperialismo alemán bajo el escudo ideológico de la socialdemocracia nacional no fue la que provocó la revolución en Rusia, por el contrario, pudo originariamente interrumpirla durante un cierto período –después de su primera oleada en los años 1911-1913– y luego de su explosión le ha creado a su alrededor las condiciones más difíciles y anormales.

Para cualquier observador inteligente este curso de los hechos es también una prueba convincente contra la teoría doctrinaria, que Kautsky comparte con el partido socialdemocrático gubernamental, según la cual Rusia, por ser un país económicamente atrasado y en esencia agrícola, no estaría madura para la revolución social y para la dictadura ejercida por el proletariado. Esta teoría, que considera lícita en Rusia exclusivamente una revolución burguesa –y de esta concepción deriva luego la táctica de coalición de los socialistas rusos con el liberalismo burgués– es la misma del ala oportunista del movimiento obrero ruso: la de los llamados mencheviques bajo la probada dirección de Axelrod y de Dan. Los oportunistas, tanto rusos como alemanes, coinciden perfectamente con nuestros socialistas gubernamentales en este concepto básico de la Revolución rusa, del que se deriva, como es natural, la posición adoptada sobre cuestiones de detalle de la táctica. En opinión de estas tres tendencias, la Revolución rusa habría debido detenerse en el primer estadio, que según la mitología de la socialdemocracia alemana representara el noble objetivo de la conducta bélica del imperialismo alemán: el abatimiento del zarismo. El hecho de haber avanzado, de proponerse la dictadura del proletariado, representaría según dicha teoría un mero error del ala radical del movimiento obrero ruso, de los bolcheviques; y todos los infortunios que soportó

la revolución en el curso ulterior de los acontecimientos, todo el desorden del que fue víctima, solo se debería a este fatal despropósito. Esta teoría, acordemente recomendada en calidad de fruto del "pensamiento marxista" tanto por el *Vorwärts* de Stampfer³ como por Kautsky, desemboca *teóricamente* en el original descubrimiento "marxista" de que la revolución socialista constituye un asunto interno a resolver, por así decirlo, en familia, de cada Estado moderno en particular. En las nieblas de la abstracción esquemática un Kautsky sabe, como es natural, pintar con diligente minuciosidad los nexos económicos mundiales del capital, que unifican a todos los países modernos en un organismo único. La Revolución rusa –producto del desarrollo internacional y de la cuestión agraria– no ofrece, sin embargo, posibilidad de soluciones en el marco de la sociedad burguesa.

Prácticamente, esta teoría tiende a eximir al proletariado internacional, en primer lugar al alemán, de toda responsabilidad frente a la historia de la Revolución rusa, tiende a rechazar sus conexiones internacionales. El curso de la guerra y de la Revolución rusa han probado no la inmadurez de Rusia, sino la del proletariado alemán frente a sus propias tareas históricas, y mostrarlo con claridad representa el deber primero y elemental de un examen crítico de la Revolución rusa. Su suerte dependía plenamente de los acontecimientos internacionales. El hecho de que los bolcheviques basaran por completo su política en la revolución mundial del proletariado constituye

3 Friedrich Stampfer es designado jefe de redacción del órgano central del partido, el *Vorwärts* berlinés, en octubre de 1916, cuando la dirección logró arrancar el periódico a la oposición y permaneció en ese puesto hasta 1933. Desde 1916 estuvo en la dirección de la SPD y a partir de 1920 fue miembro del Reichstag, en 1933 emigra a Praga y en 1939 a los EE.UU. Retornó a Alemania en 1948.

verdaderamente la prueba más espléndida de su clarividencia política y de su firmeza de principios, del ardiente sesgo de su política. En esto se manifiesta el enorme paso adelante realizado por el desarrollo capitalista en la última década. La revolución de 1905-1907 solo encontró un débil eco en Europa y permaneció como un capítulo sin continuación. Continuación y solución estaban ligadas con la evolución europea.

Como es obvio, no una crítica apologética, sino únicamente una crítica minuciosa y meditada está en condiciones de acumular experiencias y enseñanzas. Sería, en efecto, una locura suponer que en el primer experimento de dictadura del proletariado en la historia del mundo, realizado, a su vez, en las condiciones más difíciles de concebir (en medio del caos de una masacre imperialista que se extiende a escala mundial, aprisionado en las firmes tenazas de la potencia militar más reaccionaria de Europa, y frente a una actitud de apatía por parte del proletariado internacional), que en un experimento de dictadura obrera efectuado en tales condiciones anormales, todo cuanto se hizo o dejó de hacer fuera el máximo de la perfección. Viceversa, los conceptos elementales de la política socialista y el reconocimiento de sus presupuestos históricos necesarios inclinan a la hipótesis de que en condiciones tan fatales hasta el idealismo más gigantesco y la energía revolucionaria más inquebrantable no habrían estado en condiciones de realizar ni la democracia ni el socialismo, sino tan solo los primeros rudimentos impotentes y deformados de ambos.

Tener presente lo que acabamos de señalar, en todas sus profundas conexiones y efectos, no es más que un deber elemental de los socialistas de todos los países, porque solo partiendo de este amargo reconocimiento puede medirse en toda su importancia la responsabilidad

del proletariado internacional frente a los destinos de la Revolución rusa. Por otro lado, es la única manera en que se afirma la importancia resolutive de una acción internacional homogénea por parte de la revolución proletaria, como condición básica, puesto que si ella faltara, la actividad más febril y los sacrificios más extremos del proletariado en un país determinado terminarían inevitablemente por perderse en un mar de contradicciones y errores.

Es indudable que las cabezas fuertes que están en la dirección de la Revolución rusa, Lenin y Trotsky, dieron numerosos pasos decisivos en un camino escabroso y rodeado de obstáculos de todo tipo, pero lo hicieron con la mayor vacilación íntima y la más violenta repugnancia. Es cierto, también, que nada está más lejos de sus convicciones que la adopción por la Internacional de todas sus idas y venidas –condicionadas por constricciones y necesidades en el torbellino vertiginoso de los acontecimientos– como un modelo eminente de política socialista que solo puede dar lugar a una admiración acrítica y a una ferviente imitación.

Sería igualmente erróneo temer que un análisis crítico de las vías recorridas hasta ahora por la Revolución de Octubre represente un peligroso acto de destrucción de la importancia y del ejemplo fascinante del proletariado ruso, el único capaz de vencer la inercia nefasta de las masas alemanas. Nada es más falso. El despertar de las energías revolucionarias de la clase obrera alemana jamás podrá ser provocado –según el espíritu heredado de la socialdemocracia– por alguna sugestión inculcada a las masas, por la fe ciega en alguna autoridad infalible, ya sea la de sus propios “organismos” o del “ejemplo ruso”. No es a través de la fabricación de una atmósfera apta a los reclamos de la revolución, sino, en cambio, a través de

la comprensión de toda la tremenda seriedad, de toda la complejidad de las tareas, de la madurez política y de la independencia espiritual, de la capacidad de juicio crítico de las masas – durante décadas enteras sofocadas de manera sistemática, bajo los pretextos más variados, por la social-democracia alemana –, como podrá generarse en nuestro proletariado la capacidad de operar siguiendo una perspectiva histórica. Un examen crítico de la Revolución rusa en todas sus conexiones históricas no puede menos de ser la mejor escuela para las masas trabajadoras, tanto alemana como internacional, para las tareas que le plantea la situación presente.

II

El primer período de la Revolución rusa, desde su explosión en marzo hasta la insurrección de octubre, corresponde exactamente en su avance general al esquema de desarrollo tanto de la gran Revolución inglesa como de la francesa. Es el típico proceso que caracteriza todo primer gran enfrentamiento general de las fuerzas revolucionarias, formadas en el seno de la sociedad burguesa, con las cadenas de la vieja sociedad.

Su desarrollo se produce, como es natural, siguiendo líneas ascendentes: de los comienzos moderados a metas cada vez más radicales y, paralelamente, de la coalición de las clases y de los partidos a la dictadura del partido radical.

En los primeros momentos de marzo de 1917 a la cabeza de la revolución se encontraron los “cadetes” –KD–⁴, vale decir, la burguesía liberal. La primera gran marea ascendente superó todo y a todos: la cuarta Duma, el producto más reaccionario del más reaccionario sistema

4 Partido Democrático Constitucional, fundado en 1905.

electoral de cuatro clases surgido del golpe de Estado, se transformó repentinamente en un órgano revolucionario. Todos los partidos burgueses, incluidas las derechas nacionalistas, formaron de inmediato un bloque único contra el absolutismo. Este cae al primer asalto casi sin lucha, como un organismo muerto que es suficiente tocar para que se disuelva. Y la breve tentativa de la burguesía liberal por salvar al menos la dinastía y el trono abortó en pocas horas. El impetuoso proceso de desarrollo recorre en algunos días, y hasta en horas, espacios que Francia había tardado muchas décadas en recorrer. Se pudo ver así que Rusia estaba realizando los resultados del desarrollo europeo de un siglo y, sobre todo, que la revolución de 1917 era una prosecución directa de la de 1905-1907 y no un regalo de los "liberadores" alemanes. El movimiento de marzo de 1917 retomaba directamente el momento en que la revolución anterior, diez años antes, había interrumpido su labor. La república democrática no fue el fruto servido e íntimamente maduro de la primera oleada revolucionaria. Pero entonces se plantea la segunda necesidad, que era la más ardua. La función de fuerza motriz revolucionaria fue asumida desde el primer momento por las masas del proletariado urbano, pero sus reivindicaciones no se agotaban en los confines de la democracia política, sino que apuntaban a las cuestiones candentes de la política internacional: la paz inmediata. Al mismo tiempo, la revolución se extendía entre las masas militares, que plantearon la misma reivindicación de paz inmediata, y entre las masas campesinas, que elevaron a primer plano la cuestión agraria, elemento crucial de la lucha revolucionaria ya desde 1905. Paz inmediata y tierra: con estos dos objetivos la escisión interna de la falange revolucionaria se convertía en una realidad de hecho. La reivindicación de la paz inmediata encontraba la oposición más

tenaz en el ala imperialista de la burguesía liberal, cuyo portavoz era Miliukov: la cuestión agraria era, en primer lugar, el espectro de la otra ala de la burguesía, la de los "junker" terratenientes; pero después, en cuanto atentado contra la sagrada propiedad privada en general, una llaga para el conjunto de las clases burguesas.

Así comenzó, el día después de la primera victoria revolucionaria, una lucha intestina en su seno alrededor de esos dos puntos candentes: paz y cuestión agraria. La burguesía liberal inaugura una táctica de dilaciones y expedientes. Las masas obreras, el ejército, los campesinos empujaban cada vez con mayor ímpetu. No existe ninguna duda de que el mismo destino de la democracia política republicana dependía de ambas cuestiones. Las clases burguesas, que desbordadas por la primera oleada revolucionaria se habían dejado empujar hasta la forma estatal republicana, no demoraron en buscar puntos de apoyo a espaldas de las masas y en organizar en secreto la contrarrevolución. La expedición cosaca de Kaledín⁵ contra Petrogrado mostró claramente esta tendencia. Si dicho golpe hubiera sido coronado por el éxito, se habría dado un golpe mortal no solo a las reivindicaciones de la paz y de la tierra, sino también a la democracia, a la República. Una dictadura militar con régimen de terror contra el proletariado y luego el retorno de la monarquía habría sido la consecuencia inevitable.

A partir de esto se pueden medir el lado utópico y el núcleo reaccionario de la táctica por la que se dejaban guiar los socialistas rusos de la tendencia de Kautsky, los

5 A. M. Kaledín (1861-1918). Electo el 19 de junio de 1917 hetman de los cosacos del Don, participó en el complot de Kornilov (1870-1918). El día después de la Revolución de Octubre proclamó un Gobierno Cosaco Independiente del Don, contra el cual se rebelaron en febrero de 1918 los jóvenes cosacos.

mencheviques. Obcecados en la ficción del carácter burgués de la Revolución rusa (por el cual Rusia no estaría aún madura para la revolución social) se engancharon desesperadamente en la coalición con los liberales burgueses, vale decir, en la unión forzada de aquellos elementos que, divididos por el natural proceso interno de desarrollo revolucionario, habían entrado en oposición absoluta. Los Axelrod, los Dan querían a toda costa colaborar con aquellas clases y partidos, de los que provenían los mayores peligros contra la revolución y su conquista inicial: la democracia.

[PARA EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA. "DEMOCRACIA O DICTADURA" DE K. K.]⁶

[Es un fenómeno sorprendente observar cómo este hombre diligente, durante cuatro años de guerra mundial, con su infatigable trabajo de escriba, fue abriendo tranquila y metódicamente una falla teórica después de otra en el socialismo: un trabajo del cual el socialismo ha salido reducido a un cedazo. La impasibilidad acrítica con la que sus secuaces asisten a este trabajo diligente de su teórico oficial y elogian sin pestañear sus descubrimientos siempre novedosos, solo encuentra una analogía en la impasibilidad con que los secuaces de los Scheidemann y Cía. observan el trabajo de demolición del socialismo, por parte de

6 "Demokratie oder Diktatur", artículo de Kautsky aparecido en la *Sozialistische Auslandspolitik Korrespondenz* (Berlín), n.º 34 (un periódico semanal mimeografiado editado por R. Breitscheid y en el que colaboraban Bernstein, Haase, H. Block, H. Ströbel, etc.) pero quizás citado del n.º 29 (y n.º 30) del semanario *Mitteilungs-Blatt*. En él Clara Zetkin polemiza contra el escrito de Kautsky "Durch Diktatur Zur Demokratie" ("A través de la dictadura hacia la democracia"), J. 13, n.º 29, 20 de octubre de 1918.

estos. En efecto, los dos trabajos son perfectamente complementarios, y Kautsky, la vestal oficial del marxismo, desde el estallido de la guerra se limita en realidad a celebrar en el plano teórico lo que realizan prácticamente los Scheidemann:

1. La Internacional, un instrumento de épocas de paz;
2. desarme y sociedad de las naciones, nacionalismo,
3. democracia, *no* socialismo.]

En esta situación corresponde entonces a la corriente bolchevique el mérito histórico de haber proclamado y perseguido desde el principio, con férrea coherencia, dicha táctica, la única que podía salvar la democracia e impulsar hacia adelante la revolución. Todo el poder en manos exclusivas de las masas obreras y campesinas, en manos de los soviets: esta es, en efecto, la única vía de salida de las dificultades en las que había caído la revolución; este es el golpe de espada con el que se cortó el nudo gordiano. La revolución fue liberada del *impasse* y se le dio un campo libre para un desarrollo ulterior sin obstáculos.

El partido de Lenin fue así el único en Rusia que comprendió desde el primer período los reales intereses de la revolución, fue su elemento propulsor y, en este sentido, el único partido que hizo una política realmente socialista.

Así se explica también cómo los bolcheviques, siendo al principio de la revolución una minoría proscrita de todas partes, calumniada y perseguida, hayan sido llevados en poco tiempo a la cabeza; y todos los auténticos sectores populares: el proletariado urbano, el ejército, los campesinos, así como también los elementos revolucionarios de la democracia, el ala de izquierda de los socialistas revolucionarios, hayan podido reunirse bajo su bandera.

La situación concreta de la Revolución rusa se reduce en pocos meses a la siguiente alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledín o Lenin. Esta es la situación objetiva en la que se cristaliza rápidamente toda revolución, una vez desvanecida la embriaguez inicial. En Rusia, dicha situación surgía de los acuciantes y concretos problemas de la paz y de la tierra, para los cuales no había posibilidad alguna de solución en el marco de la revolución burguesa.

La Revolución rusa en este caso no hizo más que confirmar la enseñanza fundamental de toda gran revolución, cuya ley vital es la de avanzar con extrema celeridad y decisión, abatiendo con mano férrea todos los obstáculos y planteándose siempre metas ulteriores, o ser rechazada rápidamente hacia atrás de las débiles posiciones de partida, para ser luego aplastada por la contrarrevolución. Detenerse, marcar el paso, resignarse con el primer objetivo logrado, son fenómenos desconocidos en las revoluciones. Y quien trate de transferir esta sabiduría doméstica de las batracomiomaquias parlamentarias a la táctica revolucionaria demuestra solamente cuán alejado está de la psicología, de la ley vital misma de la revolución, y cómo toda la experiencia histórica sigue siendo para él un libro cerrado con siete sellos.

Veamos el curso de la Revolución inglesa desde su explosión en 1642. La lógica de las cosas impulsó a que en una primera fase las vacilaciones y debilidades de los presbiterianos, la irresoluta guerra contra el ejército realista –durante la cual los jefes presbiterianos evitaron deliberadamente una batalla decisiva–, y la victoria sobre Carlos I condujeron a la necesidad ineluctable de que los Independientes los expulsaran del Parlamento y se adueñaran del poder. Y del mismo modo, en el seno del ejército de los Independientes fueron de nuevo las

masas subalternas pequeño-burguesas de soldados, los Niveladores⁷ de Lilburne, quienes constituyeron la fuerza de choque de todo el movimiento independiente; al igual que los elementos proletarios de la soldadesca, los elementos socialmente revolucionarios más avanzados, que encontraron su expresión en el movimiento de los *Diggers*, fueron los que representaron, a su vez, el fermento del partido democrático de los Niveladores.

Sin la influencia espiritual de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa militar, sin la presión de la soldadesca democrática sobre el estrato burgués superior del partido de los Independientes, no se habría llegado

7 *The levellers*: Eran designados así en la jerga popular los radicales extremistas. Combatieron frecuentemente las vacilaciones de Cromwell en la lucha contra el rey y luego su dictadura y su conservadurismo. Deseaban limitar los poderes del gobierno y extender los derechos del individuo; reclamaban el sufragio universal masculino, parlamentos anuales y una libertad religiosa total. Su portavoz principal fue el *honest* John Lilburne, bastante popular, quien debido a su oposición fue encarcelado y expulsado del país. Los *levellers* eran la expresión política de los *agitators* elegidos por el ejército parlamentario y fueron importantes en 1647. Este nombre aparece por primera vez en una carta del 19 de noviembre de 1647. Los *diggers* o *true levellers* eran el ala izquierda y pobre, y exigían también reformas sociales. Su sueño era una república socialista, pero por el momento exigían solamente tierras de propiedad común e incultas para trabajar en ellas. En efecto, en abril de 1649 una cincuentena de ellos se reunió en Saint George's Hill, próximo a Oatlands, en el Surrey, y ocupó tierras que comenzaron a cultivar. Como es natural, fueron dispersados y sus jefes detenidos. Bernstein fue uno de los primeros en ocuparse de estos revolucionarios ingleses en su trabajo titulado "Kommunistisch und Demokratisch Sozialistische Strömungen Während der Englischen Revolution des 17 Jahrhunderts", en el vol. II de *Die Vorläufer des Neueren Sozialismus*, Verlag von J. H.W. Dietz, 1895.

ni a la "depuración" del Long Parliament⁸ de los presbiterianos⁹, ni a la conclusión victoriosa de la guerra contra el ejército de los caballeros¹⁰ y de los escoceses¹¹, ni al proceso y a la ejecución capital de Carlos I, ni a la abolición de la Cámara de los Lores¹² y a la proclamación de la república.

¿Qué ocurrió en la gran Revolución francesa? En este caso, después de cuatro años de luchas, con la toma del

- 8 En momentos de su convocatoria (noviembre de 1640) el Parlamento Largo contaba con 490 miembros; en enero de 1649 no más de 90. Algunas readmisiones y reelecciones lo elevaron a 125. Fue disuelto por Cromwell en 1653.
- 9 Los presbiterianos representaban las capas medias ricas que deseaban una monarquía constitucional. El clero presbiteriano protestó violentamente contra el proceso al rey y consideraba la Commonwealth (la República), proclamada el 19 de mayo de 1649, como una "democracia herética". El conde de Essex, nombrado en 1642 general del Parlamento, aunque tenía una neta superioridad no atacó a las fuerzas realistas. Ya en 1642 alrededor de 175 parlamentarios se habían unido a las fuerzas realistas. El 6-7 de diciembre de 1648 el coronel Pride arrestó a 45 miembros del Parlamento y excluyó a otros 96 (*Pride's purge*), como reacción a una votación del 5 de diciembre favorable a un acuerdo con el rey. De hecho, los independientes, aun después de las nuevas elecciones de 1645-1646, constituían una minoría de 50-60 votos, de los cuales eran políticamente democráticos menos de la mitad. Eran designados así porque se habían separado de la Iglesia nacional, fundando congregaciones autodeterminadas que definían su propio credo y escogían sus ministros del culto. En consecuencia, tendían a aplicar al Estado sus mismos principios.
- 10 *Cavaliers*: término despreciativo para designar a los realistas, que estos aceptaron y conservaron aun después de la restauración.
- 11 Un ejército de escoceses al mando del duque de Hamilton intentó invadir Inglaterra, en ayuda a los realistas en 1648, pero fue derrotado por Cromwell en Preston con fuerzas bastante inferiores.
- 12 La Cámara de los Lores es abolida luego de una votación en la Cámara de los Comunes del 6 de febrero de 1649, por una ley del 19 de marzo del mismo año.

poder por los jacobinos se demostró el único medio para salvar las conquistas de la revolución, realizar la república, aniquilar el feudalismo, organizar la defensa revolucionaria tanto en el interior como en el exterior, aplastar las conspiraciones de la contrarrevolución, y difundir la ola revolucionaria desde Francia a toda Europa.

Kautsky y sus seguidores rusos, que pretendían preservar en la Revolución rusa el "carácter burgués" de su primera fase, representan la exacta contrapartida de aquellos liberales alemanes e ingleses del siglo pasado que en la gran Revolución francesa hacían la conocida distinción entre dos períodos: la revolución "buena" de la primera fase girondina, y la "mala" a partir del predominio de los jacobinos. La superficialidad de la concepción liberal de la historia no necesita naturalmente advertir que sin la toma del poder por los jacobinos "exagerados", ni siquiera las tímidas conquistas primeras de la fase girondina se habrían salvado de entre las ruinas de la revolución, y que la alternativa real de la dictadura jacobina, tal como era planteada en el año 1793 por el curso férreo del desarrollo histórico, no era una democracia "moderada", sino... ¡la restauración de los Borbones! En realidad, el "justo medio" no es una solución que tenga vigencia en un período revolucionario, cuya ley natural exige una rápida decisión: o la locomotora es lanzada a todo vapor por la pendiente histórica hasta la cumbre, o la fuerza de la gravedad la arrastrará de nuevo hacia abajo y se despeñará en el abismo, con todos aquellos que con sus débiles fuerzas pretendían retenerla a mitad de camino¹³. Se explica así cómo en toda revolución saben adueñarse de la dirección y del poder solo aquellos partidos que tienen

13 "Las revoluciones son las locomotoras de la historia". Karl Marx, "Die Klassenkämpfe in Frankreich, 1818 bis 1859", en K. Marx-F. Engels, *Werke*, Berlin, Dietz Verlag, 1960, B. 7, p. 85.

el coraje de lanzar la consigna avanzada y de extraer todas las consecuencias. Así se explica el papel deplorable desempeñado por los mencheviques rusos, por los Dan, Tsereteli, etc., que después de haber gozado inicialmente de enorme prestigio entre las masas, después de haber oscilado largamente entre una posición y otra, y de haber luchado con uñas y dientes por rechazar la toma del poder y la asunción de responsabilidades, fueron borrados de la escena sin pena ni gloria.

El partido de Lenin fue el único que comprendió la ley y el deber de un partido auténticamente revolucionario y que, a través de la consigna de todo el poder al proletariado y a los campesinos, aseguró la continuación de la revolución.

De este modo, los bolcheviques han resuelto la famosa cuestión de la "mayoría popular", que para los socialdemócratas alemanes fue siempre una especie de pesadilla. En su condición de discípulos encarnados del cretinismo parlamentario no hacen sino transferir al plano revolucionario la sabiduría doméstica del infantilismo parlamentario: para hacer algo, se debe tener primero la mayoría. Por consiguiente, hasta para la revolución debemos primero convertirnos en "mayoría". La dialéctica revolucionaria concreta vuelve, sin embargo, a colocar a la cabeza este precepto de tipo parlamentario: la calle no conduce a la táctica revolucionaria a través de la mayoría, sino a la mayoría a través de la táctica revolucionaria. Solo un partido que sepa dirigir, vale decir, impulsar hacia adelante, está en condiciones de conquistar adeptos en la tempestad. La resuelta voluntad con la que Lenin y sus compañeros dieron en el momento decisivo la única consigna capaz de impulsar hacia adelante: todo el poder al proletariado y a los campesinos, los transformó casi de la noche a la mañana de una minoría perseguida, denigrada

e "ilegal", cuyos jefes debían ocultarse como Marat en las cantinas, en los dueños absolutos de la situación.

Los bolcheviques, además, pusieron de inmediato como objetivo de esta toma del poder todo un vasto programa revolucionario: no un reforzamiento cualquiera de la democracia burguesa, sino la dictadura del proletariado con vistas a la realización del socialismo. Se conquistó así el mérito imperecedero de haber sido los primeros en proclamar como programa inmediato de política práctica los objetivos finales socialistas.

Todo cuanto un partido puede exhibir, en un momento histórico, de coraje, energía, de intuición revolucionaria y coherencia, Lenin, Trotsky y sus compañeros lo mostraron ampliamente. Todo el honor y la capacidad de acción revolucionarios, que faltó a la socialdemocracia occidental, encontró su expresión en los bolcheviques. La insurrección de octubre no representó solamente la salvación real de la Revolución rusa, sino también la rehabilitación del socialismo internacional.

III

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y de los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta que debían realizar en la Revolución rusa, después de la toma del poder, era incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos. (Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905. Luego, en la III Duma. ¡Los campesinos de derecha! La cuestión campesina y la defensa, el ejército). Ciertamente, la consigna de la ocupación y de la repartición inmediata y directa de la tierra por parte de los campesinos era la fórmula más rápida, simple y lapidaria para lograr dos objetivos: destruir la gran propiedad terrateniente y ligar inmediatamente a

los campesinos con el gobierno revolucionario. Como medida política para la consolidación del gobierno proletario-socialista constituía una táctica excelente. Sin embargo, presentaba dos aspectos y el reverso de la medalla consiste en el hecho de que la ocupación directa de la tierra por parte de los campesinos no tiene absolutamente nada de común con la economía socialista.

La transformación de las relaciones económicas en sentido socialista presupone dos medidas en lo que respecta a las relaciones agrarias. En primer lugar, la nacionalización de la gran propiedad terrateniente como supresión de la concentración técnicamente más progresista de los medios de producción y de los métodos agrícolas, la cual por sí sola puede servir en el campo como punto de partida del sistema económico socialista. Como es natural, no se trata de quitarle al pequeño campesino su parcela de tierra –y se le puede dejar que decida libremente a partir de su convencimiento de las ventajas de la explotación social, por la vinculación cooperativa en un primer momento y luego por la explotación colectiva), pero toda reforma económica socialista de la tierra no puede dejar de partir evidentemente de la grande y mediana propiedad. En este terreno ella debe ante todo transferir el derecho de propiedad a la nación o, si se quiere, al Estado, lo que es lo mismo en el caso del gobierno socialista. Solo una medida de este tipo garantiza la posibilidad de organizar la producción agrícola sobre la base de puntos de vista socialistas orgánicos y generales.

El segundo presupuesto de esta transformación es luego que la separación de la agricultura y de la industria –aspecto característico de la sociedad burguesa– sea eliminada para dar lugar a una compenetración y fusión recíproca, a un desarrollo tanto de la producción agrícola como de la industrial, según puntos de vista unitarios.

Cualquiera que sea en la práctica la administración en sus detalles, si a través de comunidades urbanas –como proponen algunos– o por un centro estatal, se presupone siempre una reforma conducida unitariamente y desde el centro, la que a su vez presupone la nacionalización de la tierra. Nacionalización de la grande y mediana propiedad territorial, unificación de la industria y de la economía agrícola, he aquí dos puntos fundamentales de cualquier reforma económica socialista, sin los cuales no hay socialismo.

¿Pero se le puede reprochar al gobierno soviético ruso que no haya efectuado estas imponentes reformas? Sería demasiado tonto pretender o esperar que Lenin y sus compañeros, en el breve período de poder y en medio del torbellino impetuoso de luchas interiores y exteriores, rodeados de miles de enemigos y de oposiciones, pudieran resolver uno de los objetivos más difíciles, o mejor, podemos afirmar con seguridad, el objetivo más difícil de la transformación socialista. Una vez llegados al poder, nosotros mismos en Occidente, y aun contando con las condiciones más favorables, tendremos ocasión de rompernos muchos dientes en este hueso, antes de resolver solo las más comunes de las miles de complejas dificultades de este objetivo gigantesco.

Pero hay algo que un gobierno socialista llegado al poder debe hacer: adoptar medidas que sean coherentes con estos presupuestos fundamentales para una reforma socialista ulterior de las relaciones agrarias y evitar, al menos, todo aquello que obstaculice el avance en dicho sentido.

Ahora bien, la consigna lanzada por los bolcheviques de toma de posesión y de repartición inmediata de la tierra por parte de los campesinos no podía dejar de actuar exactamente en la dirección contraria. No solo no se trata

de una medida socialista, sino que tampoco despeja el camino, acumulando dificultades insuperables para la transformación de las relaciones agrarias en sentido socialista.

La ocupación de los latifundios por parte de los campesinos, como consecuencia de la breve y lapidaria consigna de Lenin y de sus amigos: "¡Tomad y repartíos la tierra!", condujo simplemente al traspaso repentino y caótico de la gran propiedad terrateniente a la propiedad campesina. Sus resultados no son la propiedad social, sino una nueva propiedad privada, producto del desmembramiento de la gran propiedad en posesiones de mediana y pequeña extensión, de la explotación relativamente progresista a la pequeña explotación campesina, técnicamente a nivel de la época de los faraones. Y ello no es todo: a través de estas medidas y del nodo caótico, basado puramente en el arbitrio de su aplicación, las diferencias de propiedad de la tierra no fueron suprimidas sino acentuadas. Aun cuando los bolcheviques exhortaron a los campesinos a formar comité para hacer de algún modo de la ocupación de los latifundios de los nobles una colectivización, es claro que este consejo genérico no puede cambiar en nada la práctica concreta y las relaciones de fuerza concretas en el campo. Seguramente, con comité o sin ellos, los campesinos ricos y usureros, que constituían la burguesía campesina y que en todas las aldeas rusas tenían en sus manos el poder local efectivo, se han convertido en los principales beneficiarios de la revolución agraria. Apriorísticamente, es obvio que como resultado de la repartición de la tierra las desigualdades sociales y económicas entre los campesinos no fueron eliminadas sino acentuadas, y las contradicciones de clase se han exasperado. Pero este desplazamiento de fuerzas se produjo en perjuicio de los intereses proletarios

y socialistas. Antes, a una reforma socialista en el campo le habrían ofrecido resistencia cuanto más una pequeña casta de grandes propietarios terratenientes nobles y capitalistas, así como también una pequeña minoría de burguesía campesina rica, cuya expropiación por parte de una masa popular revolucionaria es un juego de niños. Ahora, después de la "ocupación", adversaria de cualquier socialización socialista de la agricultura, se ha convertido en una masa enormemente acrecentada y fuerte de campesinos propietarios, que defenderá con uñas y dientes la propiedad recién adquirida contra todo atentado socialista. Actualmente, en Rusia, el problema de la socialización futura de la agricultura, y hasta de la producción en general, se ha convertido en elemento de discordia y de lucha entre el proletariado urbano y las masas campesinas. La magnitud de la aspereza actual de la contradicción lo demuestra el boicót campesino a las ciudades, a las que les niegan los medios de subsistencia para poder especular con ellos, exactamente como hacen los "junker" prusianos.

El campesino parcelario francés se convirtió en el defensor más valeroso de la gran Revolución francesa después de que esta le hubo regalado la tierra confiscada a la emigración. Como soldado napoleónico llevó a la victoria a la bandera francesa, atravesó toda Europa y destruyó el feudalismo en un país después de otro. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un efecto similar de su consigna agraria, pero en cambio, una vez en posesión material de la tierra, el campesino ruso ni siquiera ha soñado con defender a Rusia y a la revolución, a la que debía la tierra. Se ha enclaustrado en la nueva posesión y abandonado la revolución a sus enemigos, el Estado a la ruina, y a la población de las ciudades al hambre.

[Discurso de Lenin sobre la centralización necesaria de la industria. Nacionalización de los bancos, del comercio y de la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, descentralización y propiedad privada.

El programa agrario peculiar de Lenin, antes de la revolución, era distinto. El eslogan ha sido tomado de los socialistas-revolucionarios, tan injuriados, o más exactamente, del movimiento espontáneo del campesinado.

Para introducir principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético trata hoy de poner en pie, con ayuda de los proletarios (por lo demás, elementos ciudadanos, desocupados), comunas agrícolas. Pero es fácil profetizar que los resultados de estos esfuerzos, comparado con el conjunto de las relaciones agrarias, no pueden menos que ser imperceptibles, y para una valoración del problema, absolutamente irrelevantes. (Después de haber fragmentado en pequeñas explotaciones la gran propiedad territorial –que es el punto de partida más apropiado para una economía socialista– se trata ahora de edificar empresas comunistas modelo a partir de pequeños núcleos). En el sistema de relaciones dado, estas comunas revisten solo el valor de un experimento y no de una vasta reforma social. Monopolio de los cereales con subvenciones. ¡Ahora ellos quieren *post festum* introducir la lucha de clases en las aldeas!].¹⁴

La reforma agraria leninista ha creado para el socialismo un nuevo y potente estrato social de enemigos en el campo, cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz de cuanto haya sido la de los grandes terratenientes aristócratas.

14 Por decreto del 11 de junio de 1918 fueron creados los comités de campesinos pobres (*Komitety bednoty*).

El hecho de que la derrota militar se haya transformado en la quiebra y la disgregación de Rusia es en parte culpa de los bolcheviques. Ellos contribuyeron a agravar desmesuradamente las dificultades objetivas de la situación a través de una consigna que elevaron a primer plano de su política: el llamado derecho de autodeterminación nacional, o lo que en realidad se esconde detrás de esta consigna: la disgregación estatal de Rusia. La fórmula, siempre reiterada con una obstinación doctrinaria, del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio ruso a determinar autónomamente su propio destino “comprendida la separación estatal de Rusia”, fue el grito de batalla particular de Lenin y sus compañeros durante su oposición contra el imperialismo tanto de Miliukov como de Kerenski; constituyó el eje de su política interna después de la Revolución de Octubre y la plataforma de los bolcheviques en Brest-Litovsk: la única arma que tenían para contraponer a la posición de fuerza del imperialismo alemán.

En la obstinación y en la árida coherencia con la que Lenin y sus compañeros se mantuvieron en esta consigna lo que sorprende es que ella está en contradicción tanto con su tan proclamado centralismo como también con el comportamiento que asumieron frente a otros principios democráticos. Mientras demostraban un frío desprecio frente a la Asamblea Constituyente, el sufragio universal, la libertad de prensa y de reunión, en síntesis, frente a todo el aparato de las libertades democráticas fundamentales de las masas populares –que en su conjunto constituían el “derecho de autodeterminación” para toda Rusia–, consideraban el derecho de determinación de las naciones como la niña de los ojos de la política democrática, por amor a la cual todos los puntos de vista prácticos de la crítica realista debían ser silenciados. Mientras

no se habían dejado someter en modo alguno por la votación popular de la Asamblea Constituyente rusa, una votación popular sobre la base del derecho electoral más democrático del mundo y en la plena libertad de una república popular; y mientras que por consideraciones críticas bastante frías declararon nulos sus resultados, en Brest-Litovsk propugnaron el referéndum sobre la pertenencia estatal de las nacionalidades no rusas del imperio como el verdadero paladín de toda libertad y democracia, genuina quintaesencia de la voluntad de los pueblos, y como la suprema instancia que debía decidir en las cuestiones del destino político de las naciones. Esta flagrante contradicción es tanto más incomprensible a propósito de las formas democráticas de la vida política de cada país, puesto que, como veremos más adelante, se trata efectivamente de fundamentos en extremo válidos y hasta diría indispensables de la política socialista, en tanto que el famoso “derecho de autodeterminación nacional” no es sino una vacua fraseología y charlatanería pequeñoburguesa.

En efecto, ¿qué debería significar tal derecho? Uno de los elementos del ABC de la política socialista es combatir todo tipo de opresión y, por tanto, también la opresión de una nación por otra.

A pesar de esto, políticos por lo general tan fríos y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, refractarios a todo tipo de fraseología utópica como el desarme, la sociedad de las naciones, etc., y ante las cuales se encogen irónicamente de hombros, han hecho de un eslogan vacío –del mismo calibre que los anteriores– su caballo de batalla; esto es debido, en nuestra opinión, a una forma de oportunismo político. Lenin y sus consortes calcularon, evidentemente, que no existía medio más seguro para vincular las variadas nacionalidades extranjeras

del Imperio ruso a la causa de la revolución, a la causa del proletariado socialista, que garantizarles en nombre de la revolución y del socialismo la más ilimitada y extrema libertad de disponer de sus propios destinos. En este punto se vuelve a presentar una actitud análoga a la política bolchevique con respecto a los campesinos rusos, cuya hambre de tierra fue satisfecha por la consigna de la ocupación directa de los dominios aristócratas y que así habrían sido vinculados con la bandera de la revolución y del gobierno proletario. En ambos casos, sin embargo, sus cálculos se demostraron absolutamente errados. Lenin y sus amigos, en cuanto propugnadores de la libertad nacional hasta "la separación estatal", esperaban evidentemente que Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, países bálticos, Caucasia, etcétera, se convirtieran en otros tantos aliados fieles de la Revolución rusa, pero hemos asistido a un espectáculo: una después de otra, estas "nacionalidades" utilizaron la libertad apenas obtenida en donación para aliarse, como enemigos mortales de la Revolución rusa, con el imperialismo alemán y bajo su protección llevaron la bandera de la contrarrevolución a la misma Rusia. El entreacto con Ucrania en Brest-Litovsk, que significó un cambio decisivo en aquellas tratativas y en toda la situación política interna y externa de los bolcheviques, constituye un ejemplo típico de esto. El comportamiento de Finlandia, Polonia, Lituania, países bálticos, las nacionalidades del Cáucaso, es la demostración más convincente de que no se trató de un episodio excepcional y casual, sino de un fenómeno típico.

Es cierto que en todos estos casos fueron las clases burguesas y pequeñoburguesas las que desplegaron esta política reaccionaria y no las "naciones": fueron ellas las que en abierta contradicción con las masas populares

hicieron de "el derecho a la autodeterminación" un instrumento de su política de clase contrarrevolucionaria. Pero –y aquí llegamos precisamente al punto crucial de la cuestión– el carácter pequeñoburgués de esta fraseología nacionalista está precisamente en su conversión (en la dura realidad de la sociedad de clase, particularmente en un momento de exasperación extrema de los conflictos) en un simple instrumento del dominio de la clase burguesa. Los bolcheviques debieron aprender, a costa de ellos mismos y de la revolución, que bajo el dominio del capitalismo no hay lugar para ninguna autodeterminación nacional, que en una sociedad clasista toda clase que forma parte de la nacionalidad desea "autodeterminarse" de manera distinta y que entre las clases burguesas los puntos de vista de la libertad nacional ceden completamente el lugar a los del dominio de clase. La burguesía fina, al igual que la pequeña burguesía ucraniana, estaba perfectamente de acuerdo en preferir el despotismo alemán a la libertad nacional, si esta última estaba ligada con los peligros de "bolchevismo".

La esperanza de cambiar estas relaciones de clase efectivas por sus contrarias mediante referéndum, alrededor de la cual giró todo en Brest-Litovsk, y de obtener confiando en las masas populares revolucionarias un voto de mayoría para la unión con la Revolución rusa, si existía seriamente en Lenin y en Trotsky, representó un optimismo inconcebible, y si era simplemente una finta táctica en el duelo con la política de fuerza alemana, significó jugar con fuego.

Aunque en los países periféricos se hubiera llegado al famoso referéndum, dada la mentalidad de las masas campesinas y de vastos estratos del proletariado todavía indiferentes, la tendencia reaccionaria de la pequeña burguesía y los miles de medios a disposición de la

burguesía para influir sobre la votación muy posiblemente hubieran dado en todas partes un resultado muy poco alentador para los bolcheviques, aun sin la ocupación militar alemana. En estos asuntos de referéndum sobre la cuestión nacional puede admitirse, como una regla inviolable, que las clases dominantes donde no les convenga lo impedirán o, realizándolos, sabrán influir sobre los resultados con todas las maniobras y trapisondas, lo que hace que ningún socialismo se pueda implantar mediante votaciones populares.

El hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y de las tendencias separatistas haya sido lanzada en medio de las luchas revolucionarias o, más aún, a través de la paz de Brest-Litovsk –colocada en primer plano y directamente elevada a santo y seña de la política socialista y revolucionaria–, ha provocado el mayor desconcierto en las filas socialistas y quebrantado la posición del proletariado precisamente en los países limítrofes. En Finlandia, el proletariado socialista, mientras combatió como parte de la compacta falange revolucionaria de Rusia, llegó a conquistar una posición dominante: poseía la mayoría en el parlamento y en el ejército, había reducido a la completa impotencia a la burguesía y era dueño de la situación del país.

A comienzos del siglo, cuando todavía no habían sido inventadas las bufonadas del “nacionalismo ucraniano” con las *Karbowentzen*¹⁵ y los Universales¹⁶ y el prejuicio de

15 En diciembre de 1917 la Rada de Ucrania emite por primera vez moneda por no haber obtenido fondos del Banco del Estado de Petrogrado para pagar a los ferroviarios. Los alemanes en 1942-1944 volvieron a emitir esa moneda.

16 Era el nombre de los decretos de la Rada de Kiev, que comenzaron a promulgarse desde junio de 1917. Con el cuarto del 22 de enero de 1918 fue proclamada la independencia ucraniana. Reconocida esta última por Alemania, diez días después

Lenin de una "Ucrania autónoma"¹⁷, la Ucrania rusa era el bastión del movimiento revolucionario ruso. De aquí, de Rostov, de Odesa, del territorio del Donetz, afluyeron las primeras corrientes de lava de la revolución (ya en 1902-1904) y cubrieron toda la Rusia meridional en un mar de llamas, preparando la explosión de 1905. El mismo fenómeno se repitió con ocasión de la revolución actual, en la que el proletariado de Rusia meridional suministró las tropas de élite de la falange proletaria. Polonia y los países bálticos fueron, a partir de 1905, los focos revolucionarios más fuertes y seguros, y el proletariado socialista desempeñó en ellos un papel prominente.

¿Cómo pudo ocurrir que en estos países triunfara imprevistamente la contrarrevolución? El movimiento nacionalista paralizó precisamente al proletariado, separándolo de Rusia, y lo entregó maniatado a la burguesía nacional de los países periféricos. En lugar de tender –según el espíritu de la política internacionalista de clase que, por lo demás, ellos representaban– a reunir en una masa compacta las fuerzas revolucionarias sobre todo el territorio del imperio, en lugar de defender con uñas y dientes la integridad del Imperio ruso en cuanto territorio revolucionario; de contraponer a todas las aspiraciones separatistas nacionales, como ley suprema de su política, la cohesión y la unión inseparable de los proletarios de todos los países en el seno de la Revolución rusa, los bolcheviques, a través de la rimbombante fraseología

de su proclamación –el 12 de febrero– la Rada pide ayuda a los alemanes contra los bolcheviques, pero a fines de abril dimitió en favor de un gobierno más sometido a los alemanes, dirigido por el hetman Skoropadsky.

17 En junio de 1917 Lenin atacó desde la prensa al gobierno provisional por no haber proclamado la autonomía y la completa libertad de secesión de Ucrania.

nacionalista del "derecho a la autodeterminación hasta la separación estatal", no hicieron otra cosa que prestar a la burguesía de todos los países limítrofes el mejor de los pretextos y hasta la bandera para sus aspiraciones contrarrevolucionarias. En lugar de poner en guardia a los proletarios de los países limítrofes contra todo separatismo por ser este una mera trampa burguesa [y sofocar en germen las aspiraciones separatistas con mano férrea, cuyo uso en tal caso habría correspondido verdaderamente al sentido y al espíritu de la dictadura proletaria], ellos han desconcertado a las masas de aquellos países con su consigna, librándolas así a la demagogia de las clases burguesas. Con esta reivindicación nacionalista causaron, prepararon, el desmembramiento de la misma Rusia y pusieron en manos de sus propios enemigos el puñal que ellos clavarían en el corazón de la Revolución rusa.

Es cierto que sin la ayuda del imperialismo alemán, sin "los fusiles alemanes empuñados por los alemanes" –como escribió la *Neue Zeit*, de Kautsky–, los Lubinsky y los otros canallas de Ucrania, así como los Erich y los Mannerheim finlandeses y los barones bálticos, no hubieran podido vencer a las masas proletarias socialistas de sus países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual se introdujeron en todos aquellos países, bayonetas en mano, los "compañeros" alemanes. Las oposiciones reales de clase y las relaciones de fuerza militares condujeron a la intervención alemana, pero los bolcheviques suministraron la ideología que enmascaró esta campaña contrarrevolucionaria, reforzaron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado. La mejor prueba de ello es Ucrania, que debía desempeñar un papel tan nefasto en los destinos de la Revolución rusa. El nacionalismo ucraniano, completamente distinto del checo, del polaco o del finés, no fue en Rusia otra cosa que

una extravagancia; una imbecilidad de un par de docenas de intelectuales pequeñoburgueses, sin la mínima raíz en la situación económica, política o espiritual del país, sin ninguna tradición histórica, porque Ucrania nunca constituyó una nación o un Estado; sin ninguna cultura nacional, fuera de las poesías romántico-reaccionarias de Shevchenko:

[Es como si un buen día las poblaciones costeras quisiesen fundar sobre la base de Fritz Reuter una nueva nación y un nuevo Estado bajo-alemán. Y este ridículo capricho de un par de profesores universitarios y de estudiantes fue inflado artificialmente por Lenin y sus compañeros al nivel de factor político con su agitación doctrinaria sobre el "derecho de autodeterminación justo y comprensivo, etc.". Fueron ellos quienes atribuyeron importancia a la bufonada inicial, hasta que esta se convirtió en un hecho grave y sangriento, no en un movimiento nacional serio, para el cual ni antes ni ahora existen raíces, ¡sino en una insignia y una bandera de reunión de los contrarrevolucionarios! Es de este huevo vacío de donde salieron en Brest las bayonetas alemanas].¹⁸

En la historia de las luchas de clase estos eslóganes revisten a veces una importancia muy concreta. En la presente guerra mundial es un sino fatal del socialismo estar predestinado a proveer de pretextos ideológicos para la política contrarrevolucionaria. Cuando aquella estalló, la

18 En una carta a Luise Kautsky, de la selección publicada por esta (5 de febrero de 1918), Rosa Luxemburgo le pide que en relación con su trabajo sobre Korolenko le envíe las poesías de Shevchenko en la traducción alemana de Julia Virginia, aparecida poco antes de la guerra. Tarás Grigórovych Shevchenko (1814-1861) fue un notable poeta de lengua ucraniana.

socialdemocracia alemana se apresuró a decorar con un escudo ideológico, extraído del arsenal marxista, el bandidismo del imperialismo germánico, explicándolo como la campaña de liberación contra el zarismo ruso auspiciada por nuestros viejos maestros. En las antípodas de los socialistas gubernamentales estaba destinado a los bolcheviques llevar agua al molino de la contrarrevolución, con la consigna de la autodeterminación nacional y de proveer así de una ideología no solo para el estrangulamiento de la misma Revolución rusa, sino para la proyectada liquidación en sentido contrarrevolucionario de toda la guerra mundial. Tenemos todas las razones para examinar muy a fondo desde este punto de vista la política bolchevique. El "derecho a la autodeterminación nacional", acoplado a la Sociedad de las Naciones y al desarme por gracia de Wilson, constituye el grito de batalla tras el cual debería desarrollarse la inminente rendición de cuentas del socialismo internacional con el mundo burgués. Es evidente que la consigna de la autodeterminación y el conjunto del movimiento nacionalista, que en el presente constituye el mayor peligro para el socialismo internacional, han recibido un extraordinario refuerzo precisamente de la Revolución rusa y de las negociaciones de Brest. De esta plataforma nos ocuparemos de manera más detallada. El trágico destino de esta fraseología de la Revolución rusa, en cuyas espinas los bolcheviques estaban destinados a clavarse, debe servir de lección al proletariado internacional.

De todo esto ha resultado la dictadura alemana. ¡De la paz de Brest hasta el "tratado anexo"! Las doscientas víctimas expiatorias de Moscú¹⁹. De esta situación derivaron el terror y el sofocamiento de la democracia.

19 En la última carta de la selección Kautsky, y dirigida a esta última el 25 de julio de 1918, le dice: "... hoy (...) se me ocurrió de repente que estaba engañándome conscientemente a mí

IV

Examinemos de cerca la cuestión a la luz de algunos ejemplos.

Un papel preeminente en la política de los bolcheviques fue el desempeñado por la famosa disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917. Esta medida fue determinante para las posiciones sucesivas, en cierto sentido significó el punto de viraje de su táctica. Es un hecho que hasta la victoria de octubre Lenin y sus compañeros reivindicaron enérgicamente la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Y fue precisamente la política dilatoria a este respecto del gobierno de Kerenski lo que constituyó uno de los puntos de acción bolchevique contra él, dando ocasión a sus ataques más violentos.

En su interesante folleto *De la Revolución de Octubre al tratado de paz con Brest*²⁰, Trotsky afirma directamente que el golpe de Estado de octubre puede juzgarse como “la salvación de la Asamblea Constituyente”, así como de

misma, meciéndome con la idea de que aún vivo una vida humana normal mientras a mi alrededor reina una verdadera atmósfera de cataclismo universal. Es posible que sean las 200 ‘ejecuciones expiatorias’ de Moscú, de que hablaba el periódico de anoche, las que me hayan puesto en este estado de ánimo...”. Después del asesinato de Mirbach, cometido por el socialrevolucionario Blumkin, fueron fusilados trece delegados socialrevolucionarios exchequistas del V Congreso Panruso de los Soviets. En Yaroslavl fueron fusiladas 350 personas y varias más en numerosas ciudades. El terror rojo se desencadenó también después del atentado contra Lenin. Según informaciones de la misma Checa, alrededor de 6.000 personas fueron ajusticiadas en los últimos cuatro meses de 1918.

20 León Trotsky. *Von der Oktoberrevolution bis zum Brester Friedensvertrag (De la Revolución de Octubre al tratado de paz de Brest)*, Belp-Bern, Promachos-Verlag, 1918. [Hay ediciones en español].

la revolución en general. “Cuando decíamos –prosigue– que el camino hacia la Asamblea Constituyente no pasaría por el Pre parlamento²¹ de Tsereteli, sino por el soviet, hablábamos con toda sinceridad”.

Y bien, después de todas estas declaraciones el primer paso de Lenin a *posteriori* de la Revolución de Octubre fue... la disolución de esta misma Asamblea Constituyente, a la que debía haberle abierto el camino. ¿Qué motivos podían haber determinado esta voltereta tan desconcertante? Trotsky abunda en detalles al respecto en el libro mencionado. Veamos sus argumentos:

Los meses anteriores a la Revolución de Octubre se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda y un ingreso constante de los obreros, soldados y campesinos en las filas del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era igual en el seno del partido socialista revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha menguaba. Sin embargo, tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del partido socialista revolucionario eran de los antiguos jefes de la derecha... A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la Revolución de Octubre. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos, pasando de las ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y Moscú. Votaban por ‘Tierra y Libertad’²²

21 El Pre parlamento fue una asamblea permanente de 555 miembros designados por el gobierno provisional como propuesta de las organizaciones sociales y políticas. Se inauguró el 14 de septiembre de 1917 en Petrogrado.

22 Movimiento de los socialrevolucionarios.

en las representaciones de los comités agrarios, que, en su mayoría, seguían las banderas de los Naródniki. Pero votaban también por Kerenski y Avséntiev²³, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos comités agrarios y que hacían arrestar a sus miembros... Los hechos referidos demuestran que esa Asamblea Constituyente era un producto tardío, extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones.

Todo esto está muy bien dicho y es convincente, solo que no puede dejar de sorprender que gente tan perspicaz como Lenin y Trotsky no hayan llegado a la obvia conclusión que deriva de los hechos arriba expuestos. Dado que la Asamblea Constituyente reflejaba una elección muy anterior al momento del viraje, la insurrección de octubre, y dado que en su composición constituía la imagen de un pasado ya superado y no del nuevo estado de cosas, obviamente no correspondía otra cosa que anular la Asamblea Constituyente envejecida, nacida y muerta, ¡y convocar sin tardanza a nuevas elecciones! Ellos no deseaban ni podían confiar la suerte de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskiana de ayer, el período de las incertidumbres y de la coalición con la burguesía. Ahora bien, lo que correspondía era convocar de inmediato a otra asamblea que surgiera de la Rusia renovada y seguir con ella adelante. En lugar de esto, de la específica inadecuación de la Asamblea Constituyente reunida en octubre, Trotsky deduce y hasta generaliza la inadecuación de cualquier representación popular surgida de elecciones populares generales durante la revolución.

23 N. O. Avséntiev: eminente socialrevolucionario de derecha, miembro del Soviet de Petrogrado en 1905. Presidente del Preparlamento.

Gracias a la lucha abierta y directa por el poder, las masas obreras acumulan en un tiempo muy breve una gran experiencia política y ascienden rápidamente un escalón tras otro. El pesado mecanismo de las instituciones democráticas es tanto menos fiel a esta evolución cuanto más grande es el país y más imperfecto su aparato técnico.²⁴

Aquí estamos ya en el “mecanismo de las instituciones democráticas” en general. Frente a esto puede objetarse, ante todo, que tal valoración de las instituciones representativas expresa una concepción un tanto esquemática y rígida, que es contradicha vigorosamente por la experiencia de todas las épocas revolucionarias. Según la teoría de Trotsky, toda asamblea electa no hace sino reflejar, de una vez y para siempre, la mentalidad, la madurez política y el estado de ánimo de su electorado, exactamente, en el momento en que este va a las urnas. El cuerpo democrático permanecería siempre de modo constante como la imagen especular de la masa en el momento de las elecciones, tal cual el cielo estrellado de Herschel nos muestra continuamente los cuerpos celestes no como son, cuando los observamos, sino como eran en el momento cuando enviaron a la Tierra sus mensajes luminosos desde una distancia inconmensurable. Todo vínculo espiritual vivo entre los electos y el electorado, toda influencia recíproca constante entre ellos, es aquí excluida.

¡Cuánto contradice esto la experiencia histórica! Esta última nos muestra en cambio de qué modo el fluido vivo del sentimiento popular circula continuamente hasta los cuerpos representativos, penetra en ellos, los gobierna. De otra manera, ¿cómo sería posible asistir de tiempo en tiempo, en todo parlamento burgués, a las

24 León Trotsky, *Von der Oktoberrevolution...*, ob. cit., p. 93.

más regocijantes cabriolas de los "representantes del pueblo", que de improviso aparecen animados por un nuevo "espíritu" profiriendo palabras totalmente inesperadas? ¿Cómo sería posible que las momias más estériles asuman de tiempo en tiempo aires juveniles y los distintos *Scheidemann* encuentren de golpe en sus pechos acentos revolucionarios cuando aumenta la temperatura en las fábricas, en los talleres y en las calles?

Y estas influencias constantemente vivas del estado de ánimo y de la madurez política de las masas sobre los cuerpos electivos, ¿podrían desaparecer justo con ocasión de una revolución ante el esquema rígido de las listas del partido y de los símbolos electorales? ¡Todo lo contrario! Es la revolución la que con el ardor de su llama crea esa sutil, vibrante y sensible atmósfera política, en la cual las oscilaciones de la opinión pública, el pulso de la vida del pueblo, influyen instantáneamente de la manera más sorprendente los cuerpos representativos. De esto dependen siempre las escenas conmovedoras que caracterizan el estadio inicial de toda revolución, cuando inesperadamente viejos parlamentarios reaccionarios o extremadamente moderados, elegidos bajo el régimen anterior, con derecho electoral restringido, se convierten en heroicos portaestandartes de la subversión, de los *Stürmer und Dränger*. El ejemplo clásico es ofrecido precisamente por el Parlamento Largo inglés, que elegido y reunido en 1642 permaneció en el cargo siete años²⁵, y que reflejó en su interior todas las distintas oscilaciones del sentimiento popular, de la madurez política, de las discordias de clase, del proceso revolucionario hasta el punto culminante; desde las devotas escaramuzas iniciales con la corona bajo un

25 El Parlamento Largo duró, en efecto, hasta 1653, pero debía haberse disuelto en abril de 1649.

speaker arrodillado²⁶, a la supresión de la Cámara de los Lores, a la ejecución de Carlos y a la proclamación de la República.

¿Y la misma transformación maravillosa no se repitió en los Estados Generales franceses, en el Parlamento censitario de Luis Felipe, y hasta (el último y más sorprendente ejemplo tan próximo a Trotsky) con la cuarta Duma rusa, que elegida en el año de gracia de 1912, bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sufrió en febrero de 1917 una súbita regeneración, convirtiéndose en el punto de partida de la revolución?

Todo esto sirve para demostrar que “el pesado mecanismo de las instituciones democráticas” posee un potente conectivo, precisamente en el movimiento vivo de las masas, en su expresión ininterrumpida. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuanto más vitales y potentes se presentan las pulsaciones de la vida política de las masas, tanto más directa y total resulta su eficacia, a despecho de las insignias anquilosadas del partido, listas electorales perimidas, etc. Es cierto que toda institución democrática tiene sus límites y sus ausencias, hecho que la mancomuna a la totalidad de las instituciones humanas, pero el remedio inventado por Trotsky y Lenin –la

26 Se refiere a un episodio crucial del Parlamento Largo. Desde 1640 a 1647 fue *speaker* del Parlamento William Lenthall (1591-1672). Carlos I, violando las libertades parlamentarias, penetró el 4 de enero de 1642 en la Cámara de los Comunes con una escolta de soldados para arrestar a cinco de sus miembros acusados de traición. Pero estos, advertidos, se habían refugiado en la *City* por orden de la Cámara. Carlos I tomó el lugar del *speaker* e interrogó a Lenthall sobre la presencia o no de los individuos que buscaba. Este se puso de rodillas y respondió: “No tengo otros ojos para ver, ni otra lengua para hablar que aquellos que la Cámara, de la que soy servidor, se complace en dirigir”. Fue luego expulsado por Cromwell en 1653.

supresión de la democracia en general— es aún peor que el mal que se quiere evitar: sofoca, en efecto, la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas.

Tomemos otro ejemplo elocuente: el derecho electoral elaborado por el gobierno soviético²⁷. No se ve con claridad qué importancia práctica se le atribuye. De la crítica que hacen Trotsky y Lenin de las instituciones democráticas surge que ellos rechazan, por principio, las representaciones populares salidas de elecciones generales y se quieren apoyar exclusivamente en los soviets. No se comprende entonces qué motivos los impulsaron a elaborar un sufragio universal. Ni siquiera se sabe si este derecho electoral fue aplicado en alguna parte: no se ha escuchado ninguna palabra acerca de elecciones sobre la base de algún tipo de representación popular. Más verosímil aparece la hipótesis de que se trata simplemente, por así decirlo, de un pacto teórico, en el papel, pero tal como este se presenta constituye un sorprendente producto de la teoría bolchevique de la dictadura. Todo derecho de voto, como en general todo derecho político, no debe ser valorado sobre la base de un esquema abstracto de "justicia" o de cualquier otra fraseología democrática burguesa, sino a partir de las relaciones económicas y sociales sobre las que se asienta: el sufragio electoral elaborado por el gobierno soviético está reglamentado

27 Constitución soviética elaborada por el Congreso Panruso de los Soviets del 12 de julio de 1918. El derecho al voto era concedido solo a quienes realizaban un trabajo productivo y útil, pero no a los que perseguían fines de lucro. Eran excluidos los comerciantes privados y los rentistas. (Cf. K. Kautsky. *Die Diktatur des Proletariats*, 7, *Die Sowjetrepublik*).

precisamente para el período de transición de la forma de sociedad capitalista-burguesa a la socialista, para el período de la dictadura proletaria. Conforme a la interpretación de esta dictadura de Lenin y Trotsky, tal derecho electoral es concedido solamente a aquellos que viven de su propio trabajo y negado a todos los demás.

Pero es evidente que un derecho al voto de este tipo tiene sentido solo en una sociedad que también, desde el punto de vista económico, está en condiciones de hacer posible a todos aquellos que quieran conquistar una vida decente, digna de la civilización, mediante su propio trabajo. ¿Es esto posible en la Rusia actual? Dadas las enormes dificultades contra las que debe luchar una Rusia soviética aislada del mercado mundial y separada de sus más importantes fuentes de materias primas, dada la general y espantosa desorganización de la vida económica, dado el cambio brusco de las relaciones de producción como consecuencia de la subversión de las relaciones de propiedad tanto en la agricultura como en la industria y el comercio, es evidente que un gran número de existencias son desarraigadas por completo, lanzadas fuera de su marco habitual, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar en el mecanismo económico alguna forma de empleo de su fuerza de trabajo. Esto no se aplica simplemente a la clase capitalista y de los propietarios de la tierra, sino también a las capas medias y a la clase obrera misma. Es un hecho que la reducción de la actividad industrial ha suscitado un reflujo masivo del proletariado urbano hacia el campo en búsqueda de trabajo. En tales circunstancias, un derecho político al voto que tenga como presupuesto económico el trabajo obligatorio general representa una disposición absolutamente inconcebible. Tendencialmente, debería quitar los derechos políticos solo a los explotadores.

Y mientras fuerzas de trabajo productivas son erradicadas masivamente, el gobierno soviético, por el contrario, se ve literalmente constreñido a dejar en manos de los antiguos propietarios capitalistas el manejo de la industria nacionalizada. El gobierno soviético se ha visto también obligado a establecer compromisos con las cooperativas de consumo burguesas; además, se ha demostrado como inevitable la utilización de los técnicos burgueses. Otra consecuencia del mismo fenómeno es que fracciones crecientes del proletariado, como los guardias rojos, etc., son mantenidos por el Estado con los gastos públicos. En realidad, la citada medida despoja de todo derecho a una parte numerosa y creciente de la pequeña burguesía y del proletariado, para la cual el organismo económico no prevé ninguna medida que le permita el ejercicio de la obligación de trabajar.

Se trata de un absurdo que califica a esta organización del derecho al voto como un pacto utópico de la fantasía sin ninguna vinculación con la realidad social. Y precisamente por esto no puede ser un instrumento serio de la dictadura proletaria. Es un anacronismo, una anticipación de una situación jurídica conveniente sobre una base económica socialista ya realizada, y no para el período de transición de la dictadura proletaria.

Cuando después de la Revolución de Octubre toda la clase media, la *intelligentzia* burguesa y pequeñoburguesa, boicotearon durante meses al gobierno soviético paralizando las comunicaciones ferroviarias, postales y telegráficas, el sistema escolar, el aparato administrativo, oponiéndose así al gobierno obrero, estaban justificadas todas las medidas de presión que se adoptaban contra ellos: la privación de los derechos políticos, de los medios de subsistencia económicos, etc. En tal caso, se manifestaba justamente la verdadera dictadura socialista, que no

puede retroceder ante ninguna medida de autoridad para forzar o para impedir determinados comportamientos en interés de la colectividad. Pero un derecho electoral que enuncia una privación general de derechos a vastos estratos de la sociedad, que los coloca políticamente fuera del marco de la sociedad, pero no está en condiciones de ubicarlos económicamente en el interior de este mismo cuadro; una privación de los derechos no como una medida concreta para un objetivo concreto, sino como regla general de efecto durable, no es una necesidad de la dictadura, sino una improvisación no viable. La espina dorsal deben ser los soviets, pero también la Constituyente y el sufragio universal.

[Los bolcheviques tildaban de reaccionarios a los soviets, porque su mayoría estaba constituida por los campesinos (delegados campesinos y delegados soldados). Una vez pasados a los bolcheviques, los soviets se convirtieron en los verdaderos representantes de la opinión popular. Pero este cambio sùbito está vinculado solamente con la paz y con la cuestión agraria].²⁸

Pero la cuestión no se agota con la Asamblea Constituyente y el derecho electoral; no hemos considerado aún la abolición de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, de asociación y de reunión, que han sido denegadas para todos los adversarios del gobierno soviético. Para estas violaciones, las mencionadas argumentaciones de Trotsky sobre la pesadez de los cuerpos electorales democráticos

28 Apunte en una hoja separada no numerada (destinada probablemente a completar la formulación precedente).

están lejos de ser concluyentes. Por el contrario, es un hecho notorio e incontestable que sin una ilimitada libertad de prensa, sin una vida libre de asociación y de reunión, es totalmente imposible concebir el dominio de las grandes masas populares.

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento para la opresión de la clase obrera y el Estado socialista un instrumento de opresión de la burguesía. Este último sería simplemente el Estado capitalista invertido y puesto de cabeza. Esta concepción simplista olvida lo esencial: el dominio de la clase burguesa no tenía necesidad de una instrucción y de una educación política de las masas populares, por lo menos más allá de ciertos límites muy estrechos. Para la dictadura proletaria, en cambio, ambas cosas constituyen el elemento vital, el aire, sin el cual no podría subsistir.

“Gracias a la lucha abierta y directa por el poder gubernamental, las masas obreras acumulan en un período muy breve una gran experiencia política y escalan rápidamente un escalón tras otro”. Aquí, Trotsky se desmiente a sí mismo y a sus propios compañeros de partido, justamente, porque lo que dice es exacto: el sofocamiento de la vida pública bloquea la fuente de experiencia política y la prosecución del desarrollo. De otro modo, habría que suponer que la experiencia y el proceso de desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, pero entonces ellos habrían alcanzado el grado más elevado y se tornarían superfluos. (Discurso de Lenin: “¡Rusia está evidentemente madura para el socialismo!”).

En realidad, ¡es todo lo contrario! Las tareas gigantescas abordadas por los bolcheviques con coraje y decisión exigían precisamente la educación política más intensa de las masas y la acumulación de experiencias que nunca es posible sin libertad política.

La libertad reservada solo a los partidarios del gobierno, solo a los miembros del partido –por numerosos que ellos sean–, no es libertad. La libertad es siempre, únicamente, libertad para quien piensa de modo distinto. No es por fanatismo de “justicia”, sino porque todo lo que pueda haber de instructivo, saludable y purificador en la libertad política depende de ella, y pierde toda eficacia cuando la “libertad” se vuelve un privilegio.

[Los bolcheviques mismos no podrán negar, la mano puesta en el corazón, que han debido paso a paso sopesar, intentar, experimentar, probar en todos los sentidos, y que una buena parte de sus medidas no significan perlas. Las cosas no pueden menos que ocurrir de este modo y así nos pasará a todos cuando estemos en la misma situación, aunque no está dicho que en todas partes deban reinar circunstancias tan difíciles].²⁹

El presupuesto tácito de la dictadura, en el sentido leninista-trotskista, es que la transformación socialista es un asunto para el cual el partido revolucionario tiene siempre lista en el bolsillo una receta y que solo basta aplicarla con energía. Por desgracia (o, si se prefiere, por suerte) las cosas no se plantean en estos términos. Muy lejos de ser una suma de prescripciones ya listas que bastaría aplicar, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico, es algo que se pierde completamente en las nieblas del futuro. En nuestro programa poseemos solamente algunas pocas indicaciones generales, que señalan la dirección en la que las medidas a tomar deben ser buscadas; indicaciones, por otra parte, de carácter sobre todo negativo. Nosotros sabemos,

29 Observación en el margen.

aproximadamente, lo que deberemos suprimir en primer término para dejar el camino libre a la economía socialista; sin embargo, de qué naturaleza serán los millares de medidas concretas y prácticas, grandes y pequeñas, apropiadas para introducir los principios socialistas en la economía, en el derecho, en todas las relaciones sociales. Sobre esto no hay programa de partido ni manual socialista que pueda enseñarnos algo; esta no es una falta, sino precisamente una ventaja del socialismo científico sobre el utópico.

El sistema social socialista será –y no puede dejar de serlo– un producto histórico, nacido de la escuela misma de la experiencia, en la hora de la realización, del devenir de la historia viva que, exactamente igual que la naturaleza orgánica –de la que en última instancia forma parte–, tiene la buena costumbre de producir continuamente al mismo tiempo que una necesidad real el medio para su satisfacción, junto al problema su solución. Pero si las cosas son así, es claro entonces que el socialismo, por su naturaleza, no puede ser objeto de autorización, ni introducido por *úkase*. Tiene como presupuesto una serie de medidas de fuerza contra la propiedad, etc. Lo negativo, la destrucción, sí se puede decretar; la construcción, lo positivo, NO. Tierra virgen. Miles de problemas. Solo la experiencia está en condiciones de corregir y de abrir nuevos caminos. Solo una vida llena de fermentos, sin impedimentos, imagina miles de formas nuevas, improvisa, libera una fuerza creadora, corrige espontáneamente sus pasos en falso. Es por ello, precisamente, que la vida pública de los Estados con libertad limitada es tan deficiente, tan pobre, esquemática y estéril, porque excluyendo la democracia se niega a sí misma la fuente viva de toda riqueza espiritual y progreso. (Prueba: los años 1905 y siguientes, y los meses de febrero a octubre de 1917). Lo que allí hubo de

cierto, desde el punto de vista político, es verdadero también desde el punto de vista económico y social. Toda la masa del pueblo debe tomar parte; de otro modo, el socialismo es decretado, autorizado desde la mesa por una docena de intelectuales.

Un control público es absolutamente necesario; de otro modo, el intercambio de experiencias se estanca en el círculo cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno. Corrupción inevitable. (Palabras de Lenin, *Mitteilungsblatt* n.º 29³⁰). La práctica socialista exige una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesa. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia, idealismo capaz de pasar por encima de cualquier sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe con más eficacia, lo repite con más obstinación que Lenin. Solo que él se engaña completamente sobre los medios. Decretos, poderes dictatoriales de los inspectores de fábrica, penas draconianas, reinado del terror, son todos paliativos. El único camino que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública, de la más ilimitada y amplia democracia, de la opinión pública. Es justamente el terror lo que desmoraliza. Si todo esto desaparece, ¿qué queda? En lugar de los cuerpos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky han instalado los soviets como la única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con el sofocamiento de la vida política en todo el país la misma vida de los

30 *Mitteilungsblatt des Verbandes der Sozialdemokratischen Wahl Vereine Berlins und Umgegend. Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, vol. XIII, n.º 29, Berlín, 20 de octubre de 1918, (*Beilage zu n.º 29 der Mitteilungsblatt*). En el artículo "Diktatur und Proletariat" se menciona a *Die Diktatur des Proletariats*, de Kautsky, y el discurso de Lenin "Sobre la reconstrucción de la Rusia socialista".

soviets no podrá escapar a una parálisis cada vez más extendida. Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, lucha libre de opinión y en toda institución pública, la vida se extingue, se torna aparente y lo único activo que queda es la burocracia.

La vida pública se adormece poco a poco. Algunas docenas de jefes del partido, de inagotables energías y animados por un idealismo ilimitado, dirigen y gobiernan; entre estos, la guía efectiva está en manos de una docena de inteligencias superiores y una élite de obreros es convocada de tiempo en tiempo para aplaudir los discursos de los jefes, votar unánimemente resoluciones prefabricadas: es, en el fondo, el predominio de una pandilla. Una dictadura, es cierto, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos; vale decir, la dictadura en sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino (¡el aplazamiento de los congresos de los soviets de tres a seis meses!). Y más aún: en tal situación es fatal que madure un proceso de barbarie de la vida pública: atentados, fusilamientos de rehenes, etcétera.

DISCURSO DE LENIN SOBRE LA DISCIPLINA Y LA CORRUPCIÓN

Un problema aparte, y de la mayor importancia, lo constituye en una revolución la lucha contra el *Lumpenproletariat*. También nosotros en Alemania y en otras partes tendremos que ocuparnos de ello. El elemento subproletariado tiene profundas raíces en la sociedad burguesa, no solo como categoría especial, como desecho social, destinado a acrecentarse en proporciones gigantescas en los momentos en que estallan las murallas del orden social, sino también como elemento integrante de la sociedad en su conjunto. Los acontecimientos de Alemania,

y también los de otros Estados, han demostrado con qué facilidad todos los estratos de la sociedad burguesa se degradan. Los matices entre especulación comercial, de la bolsa, pseudonegocios de ocasión, adulteración de alimentos, chantaje, peculado, robo, escalamientos y rapiña se confunden tanto entre sí que desaparecen los límites que separan a la honorable burguesía de la delincuencia. Se repite el mismo fenómeno que conduce regularmente a la rápida degradación de los ornamentos burgueses, una vez trasplantados en el terreno social extraño de las condiciones de las colonias de ultramar. Con el abandono de las barreras y de los soportes convencionales de la moral y del derecho, la sociedad burguesa –cuya ley íntima de existencia es la más profunda inmoralidad, la explotación del hombre por el hombre– recae directa y desenfrenadamente en la pura y simple delincuencia. La revolución proletaria deberá, por tanto, luchar contra este enemigo, instrumento de la contrarrevolución. Pero también a este respecto el terror representa una espada despuntada, por no decir de doble filo.

La más draconiana de las justicias sumarias es impotente contra la explosión de desórdenes subproletarios. Más aún, todo régimen de estado de sitio prolongado conduce ineluctablemente a la arbitrariedad, y toda arbitrariedad ejerce sobre la sociedad una acción depravante. Los únicos medios eficaces en manos de la revolución proletaria son, como siempre, las medidas radicales de naturaleza política y social, la más rápida transformación de las garantías sociales de existencia para las masas y el estímulo del idealismo revolucionario, que es posible mantener de manera durable solo a condición de una ilimitada libertad política y a través de una activación intensa de las masas.

Así como contra las infecciones y los gérmenes patógenos el remedio más eficaz, purificador y saludable es

representado por la acción libre de los rayos solares, así también la revolución y su principio renovador, la vida espiritual, el activismo y la autorresponsabilidad que ella suscita en las masas y, en consecuencia, la más amplia libertad política como su característica, constituye el único sol salvador y purificador³¹.

La anarquía será inevitable también entre nosotros y en todas partes. El elemento subproletariado es inherente a la sociedad burguesa e inseparable de ella.

Pruebas:

1. Prusia Oriental: los saqueos de los "cosacos".

2. La explosión general de rapiñas y hurtos en Alemania (trampas, personal postal y ferroviario, policía, desaparición completa de los límites que separan la buena sociedad y la cárcel).

3. La rápida degeneración de los líderes sindicales: contra eso las medidas draconianas de terrorismo resultan impotentes. Por el contrario, ella corrompe aún más. El único contraveneno: idealismo y *activismo* social de las masas, libertad política ilimitada.

He aquí una ley superior, objetiva, a la que ningún partido está en condiciones de escapar.

El error fundamental de la teoría leninista-trotskista es precisamente el de contraponer, exactamente, como Kautsky, dictadura y democracia. "Dictadura o democracia", así plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este último, como es natural, opta por la democracia y precisamente por la *democracia* burguesa, puesto que la coloca en función alternativa a la subversión socialista. Lenin y Trotsky, por el contrario, optan por la dictadura en oposición a la democracia y, en consecuencia, por la dictadura de un puñado de personas, vale decir, por la

31 En hoja aparte: reelaboración del apunte que sigue.

dictadura según el modelo burgués. Se trata de dos polos contrapuestos, ambos bastante alejados de la auténtica política socialista. Una vez tomado el poder, el proletariado no podrá seguir más el buen consejo de Kaustky y renunciar a la transformación socialista bajo el pretexto de la "inmadurez del país", y dedicarse simplemente a la democracia, sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Él tiene el deber y la obligación de acometer medidas socialistas del modo más enérgico, inflexible y brutal, o sea, de ejercer la dictadura, pero una dictadura de clase, no de un partido o de una pandilla; dictadura de clase, vale decir, con la mayor publicidad, con la más activa y libre participación de las masas populares, en un régimen de democracia ilimitada.

"Como marxistas nunca fuimos fanáticos de la democracia formal", escribe Trotsky. Es cierto, nunca fuimos fanáticos de la democracia formal, pero tampoco hemos sido en modo alguno fanáticos del socialismo o del marxismo. ¿Esto significa que tenemos el derecho, al modo de Cunow-Lensch-Parvus, de tirar al canasto el socialismo o el marxismo cuando nos incomodan? Trotsky y Lenin constituyen la negación viva de esta posibilidad. "Nosotros no fuimos nunca fanáticos de la democracia formal" significa solo lo siguiente: siempre hemos distinguido el contenido social de la forma política de la *democracia* burguesa, siempre supimos develar la semilla amarga de la desigualdad y de la sujeción social que se oculta dentro de la dulce cáscara de la igualdad y de la libertad formales, no para rechazarlas, sino para incitar a la clase obrera a no limitarse a la envoltura, a conquistar antes el poder político para llenarlo con un nuevo contenido social. La misión histórica del proletariado, una vez llegado al poder, es crear en lugar de una democracia burguesa una democracia socialista y no abolir toda democracia.

Pero la democracia socialista no comienza solamente en la tierra prometida, una vez construidas las infraestructuras económicas socialistas, como el regalo de Navidad para el heroico pueblo que en ese tiempo sostuvo fielmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza junto con la demolición del dominio de clase y la construcción del socialismo, comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista; no es otra cosa que la dictadura del proletariado.

Sí. sí. ¡Dictadura! Pero esta dictadura consiste en el *sistema de aplicación de la democracia*, no en su *abolición*. Consiste en intervenciones enérgicas y decisivas sobre los derechos adquiridos y sobre las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales la transformación socialista no es realizable. Pero esta dictadura debe ser obra de la *clase* y no de una pequeña minoría de dirigentes en nombre de la clase; vale decir, debe salir al encuentro de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, someterse al control de una publicidad completa, emerger de la instrucción política acelerada de las masas populares.

Con seguridad también los bolcheviques procederían exactamente así si no sufrieran la espantosa presión de la guerra mundial, de la ocupación alemana y de todas las dificultades exorbitantes vinculadas con tales hechos, dificultades que no pueden dejar de desviar cualquier política socialista por buenas que sean sus intenciones y principios.

Un craso argumento en este sentido lo constituye la pródiga aplicación del terror por parte del gobierno de los consejos, en especial en el último período que precede a la caída del imperialismo alemán, a partir del atentado al embajador de Alemania. La obvia verdad de que las

revoluciones no son bautizadas con agua de rosas es en sí absolutamente insuficiente.

Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible, no representa sino una cadena inevitable de causas y efectos, cuyos puntos de partida y sus claves son: la carencia del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por parte del imperialismo alemán. Sería pretender cosas sobrehumanas de Lenin y sus compañeros exigirles, en tamañas circunstancias, que sepan crear como por encanto la mejor de las democracias, la más ejemplar de las dictaduras proletarias y una economía socialista floreciente. Con su decidida actitud revolucionaria, su energía ejemplar y su fidelidad escrupulosa al socialismo internacional, ellos hicieron verdaderamente cuanto podía hacerse en una situación tan diabólicamente difícil. El peligro comienza en el momento en que, haciendo de la necesidad una virtud, cristalizan en teoría la táctica a la que se vieron arrastrados por estas fatales circunstancias y pretenden recomendarla como modelo a imitar por el proletariado internacional, como el modelo de la táctica socialista.

Del mismo modo que esta pretensión los presenta bajo una luz equivocada y su efectivo e incontestable mérito histórico pasa por el tamiz de los errores impuestos por la necesidad, así también prestan un mal servicio al socialismo internacional, por amor y en razón del cual lucharon y sufrieron, cuando pretenden introducir como nuevas adquisiciones todos los desaciertos cometidos en Rusia por necesidad y fuerza mayor, desaciertos que en última instancia fueron solo repercusiones de la bancarrota del socialismo internacional en esta guerra mundial.

Los socialistas gubernamentales de Alemania pueden muy bien gritar que la dominación de los bolcheviques en Rusia es una caricatura de la dictadura del proletariado. Que lo haya sido o que lo sea se lo debe a la actitud del

proletariado alemán –del cual los bolcheviques no son más que una consecuencia–, que representa una caricatura de la lucha de clases socialista. Todos vivimos bajo la férula de la historia y el ordenamiento socialista solo es realizable internacionalmente. Los bolcheviques han mostrado que pueden hacer lo que un partido verdaderamente revolucionario está en condiciones de hacer en los límites de las posibilidades históricas.

Ellos no pueden pretender hacer milagros, puesto que una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra, estrangulado por el imperialismo y traicionado por el proletariado internacional, sería un milagro. Lo que importa es saber distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial y lo accesorio. En este último período, vísperas de luchas decisivas en el mundo entero, el problema más importante para el socialismo ha sido y es la candente cuestión del día: no este o aquel detalle de táctica, sino la capacidad de acción del proletariado, la energía de las masas, en general, la voluntad en el socialismo de lograr el poder. Desde este punto de vista, los Lenin y los Trotsky con sus amigos fueron los *primeros* en dar el ejemplo al proletariado mundial, y son todavía los *únicos* que con Hutten pueden exclamar: “¡Yo he osado!”.³²

He aquí lo esencial e *imperecedero* de la política bolchevique. En este sentido su mérito *imperecedero* es haberse colocado en la vanguardia del proletariado internacional con la conquista del poder político y haber formulado en la práctica el problema de la realización del socialismo, contribuyendo así, poderosamente, al ajuste de cuentas entre el capital y el trabajo en todo el mundo.

32 *Ich Habs Gewagt* (1521) es el título de una poesía de Ulrich von Hutten (1488-1523), pero la expresión (o expresiones análogas) se repite en muchas de sus composiciones. La exclamación expresa la rebelión de la reforma contra el papado.

En Rusia el problema solo pudo ser planteado. No podía ser resuelto allí. Y en este sentido el porvenir pertenece en todas partes al socialismo.

[SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL]**

Mientras el odio de clase frente al proletariado y su revolución social se ha convertido así en la norma de todas las acciones de la clase burguesa, de su programa de paz y su política futura, ¿qué hace el proletariado internacional? Completamente sordo a las enseñanzas de la Revolución rusa, olvidado del ABC del socialismo, persigue el mismo programa de paz de la burguesía, ¡lo adopta como programa propio! ¡Viva Wilson y la Sociedad de las Naciones! ¡Viva la autodeterminación nacional y el desarme! Esta es ahora la bandera bajo la cual los socialistas de todos los países se encuentran imprevisiblemente reunidos junto con los gobiernos imperialistas de la Entente, los partidos reaccionarios, los arribistas social-gubernistas, los socialistas del pantano “fieles a los principios” de la oposición, los pacifistas burgueses, los utopistas pequeñoburgueses, los Estados nacionales de reciente constitución, los imperialistas alemanes en bancarrota, el Papa, los verdugos fineses del proletariado revolucionario, los ucranianos pagados al servicio del militarismo alemán.

En Polonia, los Daszvnski en vinculación íntima con los pobres nobles galitzianos y la gran burguesía de Varsovia; en Austria alemana los distintos Adler, Renner, Otto Bauer y Julius Deutsch, espaldas con espaldas con

** Este título no existe en el manuscrito original y se encuentra en la edición Flory. El manuscrito original está numerado aparte por la misma Rosa Luxemburgo. El texto comienza con una letra muy pequeña. Cf. Félix Weil, ob. cit. [N. de la Ed. italiana].

los social-cristianos, agrarios y alemanes nacionales; en Bohemia los Soukup y los Nemec en filas compactas con todos los partidos burgueses: como una chocante y general conciliación de las clases. Y sobre toda la borrachera nacionalista, la bandera internacional de la paz. Los socialistas sacan en todas partes las castañas del fuego en favor de la burguesía, con su crédito y su ideología colabora en cubrir la bancarrota moral de la sociedad burguesa y a salvarla, ayudan a renovar y a consolidar el dominio de la clase burguesa.

Y como primera coronación práctica de esta untuosa política, asistimos a la postración de la Revolución rusa y la división de Rusia.

Pero se trata siempre de la política del 4 de agosto de 1914, solo que invertida en el espejo cóncavo de la paz. Capitulación de la lucha de clases, unión con las respectivas burguesías nacionales para una masacre bélica recíproca, transformada en una unión internacional a escala mundial con una "paz de reconciliación".

Todo termina en lo más vulgar, en lo más absurdo, en una fábula de nodriza, en comedia cinematográfica: el capital imprevistamente desaparecido, las antítesis de clases imprevistamente anuladas. Desarme, paz, democracia, armonía entre las naciones, la fuerza que se inclina ante el derecho, el débil levanta cabeza. Krupp que producirá en lugar de cañones... fuegos artificiales para Navidad; la ciudad norteamericana Gary³³ que será transformada en un

33 En 1906 la United States Steel Corporation (que resultaba de la fusión en febrero de 1901 de la Carnegie Company, de la Federal Steel Co., de J. P. Morgan, y de las propiedades de William Henry Moore) construyó las acerías más grandes del mundo en una localidad de Indiana, 25 millas al sudeste de Chicago, en la extremidad meridional del lago Michigan. La localidad fue llamada Gary por el nombre del presidente de la sociedad, el juez Elbert Henry Gary, buen amigo, entre otros,

jardín de infantes Froebel, en Arca de Noé; el cordero que pasta tranquilamente junto al lobo; el tigre que ronronea con los ojos entrecerrados como si fuera la grangata doméstica, mientras el antilope con los cuernos le rasca detrás de la oreja; el león y la cabra juegan juntos al gallo ciego. Y todo esto en virtud de la fórmula mágica de Wilson, el presidente de los multimillonarios norteamericanos: todo esto con ayuda de Clemenceau, Lloyd George y del príncipe Max von Baden.³⁴

¡Desarme, después que Inglaterra y EE.UU se han convertido en dos nuevos imperialismos! El Japón abastecedor, después que la técnica creció desmesuradamente. ¡Después que todos los Estados, a consecuencia de la deuda pública, dependen económicamente del capital de la industria bélica y financiera! Después que las colonias siguen siendo colonias. La idea de la lucha de clases capitula aquí ante la idea nacionalista. La armonía de las clases en cada nación aparece como presupuesto y complemento de aquella armonía entre las naciones que debería surgir de la guerra mundial bajo la forma de "sociedad de las naciones". En el momento actual el nacionalismo absorbe todo. Desde todas partes naciones y nacioncitas se presentan a reclamar derechos de constitución en Estado. Cadáveres rejuvenecidos surgen de los sepulcros centenarios, infundidos de un nuevo impulso primaveral, y pueblos "privados de historia", que no habían constituido hasta ahora organizaciones estatales autónomas, muestran una violenta inclinación a la formación

del presidente Theodore Roosevelt. La localidad era casi propiedad exclusiva de la Steel Corporation y estaba provista de todos los suministros y servicios públicos. En el censo de 1910 contaba con 16.802 habitantes.

34 Cancelado con el texto lo siguiente: "... del mismo Erzberger del tratado de paz de Brest...".

de Estados. Polacos, ucranianos, rusos blancos, lituanos, checos, yugoslavos, diez naciones nuevas en el Cáucaso... Los sionistas fundan ya su *ghetto* palestinese, provisoriamente en Filadelfia... en el Blocksberg nacionalista es actualmente la noche de Walpurgis:

Traiga la escoba, traiga el bastón,
y jamás volarás si hoy no vuelas.³⁵

Pero el nacionalismo es solo una fórmula. El núcleo del contenido histórico, que está detrás, es tan variado y rico en relaciones como la fórmula de la "autodeterminación nacional", detrás de la cual se esconde, que es vacía y mezquina.

Como siempre, en todo gran período revolucionario aparecen para ser saldadas las más variadas cuentas viejas y nuevas: restos arcaicos del pasado se entrelazan desordenadamente con las cuestiones más actuales del presente y problemas del futuro apenas esbozados. La quiebra de Austria y de Turquía representa la última liquidación del medioevo feudal, un codicilo al trabajo de Napoleón.

En relación, sin embargo, con la caída y la reducción de Alemania constituye la bancarrota del imperialismo más reciente y vigoroso, y de sus planes de dominación mundial forjados durante la guerra. Pero, al mismo tiempo, es solo la bancarrota de un método específico de dominio imperialista: a través de la reacción y la dictadura militar al este del Elba, a través del estado de sitio y los métodos de exterminio, es la derrota de la estrategia Trotha, transferida por los herero del desierto de

35 Los dos versos son tomados del episodio de la noche de Walpurgis en la montaña de Harz, en la primera parte del *Fausto*, pero en el texto se presentan separados.

Kalahari a Europa. La derrota de Rusia externa y formalmente análoga en sus resultados (formación de pequeños Estados nacionales) a la caída de Austria y de Turquía presenta, sin embargo, un problema totalmente opuesto: por un lado, capitulación de la política proletaria ante el imperialismo a escala nacional; por el otro, contrarrevolución capitalista contra la conquista del poder por el proletariado.³⁶

Un Kautsky, en su esquematismo pedante, de maestro de escuela, ve en ello el triunfo de la "democracia", de la que el Estado nacional sería simplemente el complemento y la forma de manifestación. El árido formalismo pequeño-burgués olvida, como es natural, dar una ojeada al núcleo histórico íntimo. Como vestal del materialismo histórico olvida que "Estado nacional" y "nacionalismo" representan por sí mismos cáscaras vacías, en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vuelcan su particular contenido material. Los "Estados nacionales" alemán e italiano de 1870 fueron la consigna y el programa del Estado burgués, del dominio de la clase burguesa, y apuntaban contra el pasado medieval-feudal, el Estado patriarcal burocrático y el fraccionamiento de la vida económica.

En Polonia, el "Estado nacional" constituía la consigna tradicional de la nobleza agraria y de la pequeña burguesía opositora contra el desarrollo capitalista moderno, una consigna cuyo objetivo negativo constituía precisamente las manifestaciones modernas de la vida: tanto el

36 Cancelada la nota siguiente: "Esta última es simultáneamente la fuerza motriz histórica más potente que se expresa en todas las transformaciones presentes, el eje en el farrago de los distintos movimientos históricos, contradictorios y penetrados entre sí, el verdadero núcleo del potente movimiento nacional".

liberalismo burguéis como sus antípodas, el movimiento obrero socialista. En los Balcanes, en Bulgaria, Serbia, Rumania, el nacionalismo –cuyo comienzo se expresó representativamente en las dos sangrientas guerras balcánicas previas a la guerra mundial– fue, por una parte, la expresión del desarrollo capitalista en avance y del dominio de clase burguéis en todos estos Estados, la expresión de los intereses contradictorios tanto de estas burguesías entre sí como del enfrentamiento de su tendencia de desarrollo con el imperialismo austríaco. Al mismo tiempo, el nacionalismo de estos Estados, aunque era en esencia la expresión únicamente de un capitalismo joven, apenas en germen, estuvo y está teñido de la atmósfera general de las tendencias imperialistas. En Italia, el nacionalismo va de arriba abajo y con exclusividad la enseña de apetitos puramente imperialistas-coloniales; este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de los apetitos albaneses tiene tan poca semejanza con el nacionalismo italiano de 1850 a 1860 como el señor Sonnino con Giuseppe Garibaldi.

En la Ucrania rusa, hasta el golpe de Estado de octubre de 1917 en Petrogrado, el nacionalismo era una insignificancia, una pompa de jabón, una bufonada de algunas docenas de profesores y abogados que, por lo demás, ni siquiera sabían hablar ucraniano. Desde el golpe de Estado bolchevique, dicho nacionalismo se ha convertido en la expresión de un interés bastante realista de la contrarrevolución pequeñoburguesa, cuyo filo está dirigido contra la clase obrera socialista. En la India, el nacionalismo es una expresión de la burguesía hindú en desarrollo, que aspira a una explotación autónoma del país por cuenta propia, en lugar de servir solo como objeto del desangramiento obrero por el capitalismo inglés. Por consiguiente, este nacionalismo corresponde, por su contenido

social y su nivel histórico, a las luchas de emancipación de los Estados Unidos de América a fines del siglo XVIII.

De tal manera, el nacionalismo refleja todos los intereses inimaginables, las *nuances*, las situaciones históricas. Brilla de todos los colores. No es nada y es todo, es simplemente la envoltura ideológica; lo importante es determinar en cada momento su núcleo.

Así, la explosión instantánea y general, a escala mundial, del nacionalismo, oculta en su seno el entrelazamiento de los más variados intereses particulares y tendencias. Pero a través de todos estos intereses particulares el eje de dirección está constituido por un interés general producido por la situación histórica específica: la lucha contra la inminente revolución proletaria mundial.

La Revolución rusa, con el dominio conquistado por los bolcheviques, ha puesto al orden del día de la historia el problema de la revolución social. En general, ha exasperado al extremo la antítesis de clase entre el capital y el trabajo. Abrió imprevistamente entre las dos clases un abismo, del cual emergen vapores volcánicos y llamas de fuego. Tal como en su tiempo la insurrección de junio del proletariado parisino, y luego la masacre, por primera vez dividió prácticamente la sociedad burguesa en dos clases contrapuestas en las que solo puede regir una ley: la lucha por la vida y la muerte, así también el dominio bolchevique en Rusia colocó prácticamente a la sociedad burguesa frente a frente con esta lucha decisiva por la vida o la muerte. Destruyó y disolvió la ficción de una clase obrera domesticada –con la cual puede acomodarse pacífica y amigablemente–, de un socialismo que en teoría lanza discursos rimbombantes, pero en la práctica cede al principio de vivir y dejar vivir. Destruyó aquella ficción surgida de la práctica de los últimos treinta años de la socialdemocracia alemana y, a partir de ella, de la Internacional. La

Revolución rusa, con su puño rojo, ha mandado al diablo el *modus vivendi* entre socialismo y capitalismo creado por el último medio siglo de parlamentarismo, y ha hecho del socialismo, de un inocuo eslogan parlamentario pertinente al sol del porvenir, un problema sangrientamente serio del inmediato presente. Ella reabrió brutalmente la vieja y espantosa cicatriz de la sociedad burguesa, que data de las jornadas parisinas de junio del año 1848.

Pero todo ello en un primer tiempo solo en la conciencia de las clases dominantes. Tal como las jornadas de junio habían impreso instantáneamente, con la violencia de una descarga eléctrica en la burguesía de todos los países la conciencia de una antítesis irreconciliable frente a la clase obrera, habían alojado en su corazón el odio mortal hacia el proletariado; en tanto que los trabajadores de los distintos países necesitaron, por su parte, decenios para hacer suyas las enseñanzas de las jornadas de junio y la conciencia del enfrentamiento de clase. El mismo fenómeno vuelve a repetirse ahora. La Revolución rusa despertó en todas las clases poseedoras del mundo un sentimiento ardiente, rabioso, vibrante, mezcla de temor y de odio, contra el espectro amenazador de la dictadura proletaria, que solo puede ser comparado con los sentimientos de la burguesía parisina durante las masacres de junio y la carnicería de la Comuna. El "bolchevismo" se ha convertido en el término que designa el socialismo revolucionario práctico a todas las aspiraciones de la clase obrera a la conquista del poder. En este abismo social abierto en el seno de la sociedad burguesa, en esta profundización y agudización internacional de la antítesis de clase reside el mérito histórico del bolchevismo, y en esta obra –como siempre ocurre en los grandes eventos

históricos— desaparecen por insignificantes todos los errores y los defectos particulares del bolchevismo.³⁷

Estos sentimientos constituyen hoy el núcleo más íntimo de los delirios nacionalistas en los que, aparentemente, ha caído el mundo capitalista: son el contenido histórico objetivo al que en realidad se reduce el tornasolado muestrario de los sedicentes nacionalismos. En todas las burguesías jóvenes que aspiran hoy a una existencia autónoma no palpita simplemente el deseo de conquista de un dominio de clase incontrastado y emancipado de tutelas, sino también la búsqueda del placer tanto tiempo anhelado de estrangular con sus propias manos el enemigo mortal, el proletariado revolucionario, ya que hasta ahora debieron abandonar esta tarea a un ineficaz aparato estatal de dominación extranjera. Tanto el odio como el amor no admiten la participación de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Galliffet finés, muestran cuánto odio surgido en el fragor del último año se anida en el seno de todas estas “pequeñas naciones”, de todos los polacos, lituanos, rumanos, ucranianos, checos, croatas, etc. Y espera solo la oportunidad de desahogarse de una buena vez, también con medios “nacionales”, en las vísceras del proletariado revolucionario.

En todas estas naciones “jóvenes”, que como corderitos brincan cándidos e inocentes sobre el prado de la historia mundial, brilla ya la mirada abrasadora del tigre feroz, que espera el primer movimiento “bolchevique” para un “ajuste de cuentas”. Detrás de todas las banderas idílicas y las fervorosas fiestas de fraternización en Viena, Praga, Agram, Varsovia, se abren ya las fosas de Mannerheim que los guardias rojos son obligados

37 Cancelado lo siguiente: “Ellos sirven directamente esta obra, contribuyendo todos a acentuar el odio hasta la incandescencia, la angustia hasta la locura en la sociedad burguesa”.

a cavarse, se columbran como sombras confusas las horcas de Charkov, a cuya erección los Lubinsky y los Holubovitsch invitaron en Ucrania a los "liberadores" alemanes.

Y el mismo pensamiento dominante impregna todo el programa de paz democrático de Wilson. En la atmósfera de embriaguez de victoria del imperialismo angloamericano y del espectro bolchevique en circulación sobre la escena mundial, la "sociedad de las naciones" puede ser madre solo de una cosa: de una alianza burguesa a escala mundial para la represión del proletariado. El primer despojo humeante, que el sumo sacerdote Wilson a la cabeza de sus augures llevará al arca santa de la "sociedad de las naciones", será el de la Rusia bolchevique, sobre el cual se lanzarán las "naciones autodeterminadas", vencedoras y vencidas en un único bloque.

Una vez más, las clases dominantes manifiestan su instinto infalible por sus propios intereses de clase, su maravillosamente fina sensibilidad por los peligros que las amenazan. Mientras en la superficie reina para la burguesía el mejor de los tiempos y los proletarios de todos los países se embriagan con las brisas primaverales nacionalistas y societarias, la sociedad burguesa siente dolores en todos sus miembros, que le indican la depresión barométrica inminente y un cambio repentino de atmósfera histórica. Mientras los socialistas, en la función de "ministros nacionales", se preparan, con estúpido celo, a sacar las castañas de la paz del fuego de la guerra mundial, ella entrevé ya detrás de sus espaldas el destino inevitable que se aproxima, ve esbozarse el espectro gigantesco de la revolución social mundial, tácticamente en escena desde las sombras.

La incapacidad objetiva de resolver sus tareas, ante la que está colocada la sociedad burguesa, hace del

socialismo una necesidad histórica y torna inevitable la revolución mundial.

Cuánto debe durar este período final, cuáles formas está destinada a asumir, nadie está en condiciones de predecirlo. La historia ha abandonado los carriles habituales y el paso corto, y todo nuevo paso, todo nuevo cambio de calle, abre nuevas perspectivas y escenarios.

Lo que importa es comprender el problema real de este período.³⁸

Este problema tiene nombre: dictadura del proletariado, realización del socialismo. Las dificultades del objetivo no dependen de la fuerza del adversario, de las resistencias de la sociedad burguesa. Su última *ratio*, el ejército, se ha convertido a consecuencia de la guerra en un instrumento inutilizable para los propósitos de sujeción del proletariado, se ha vuelto revolucionario. Su base de existencia material, la conservación de la sociedad, fue destruida por la guerra. Su base de existencia moral, la tradición, los hábitos, la autoridad, se ha dispersado a los cuatro vientos. Toda la estructura aparece conmovida, fluida y en movimiento. Las condiciones de la lucha por el poder son favorables como nunca lo fueron en la historia del mundo para ninguna clase en ascenso. El poder caerá en el regazo del proletariado como un fruto maduro. Las dificultades residen en el proletariado mismo, en su inmadurez o, mejor, en la inmadurez de sus jefes, de los partidos socialistas³⁹. La clase obrera se resiste, vuelve a

38 Cancelado lo siguiente: "...y mantenerse firmemente adherido a él".

39 Cancelado lo siguiente: "La corrida general tras el nacionalismo. La sociedad de las naciones. Es forzoso que los socialistas repasen toda la lección, vuelvan a aprender el ABC en la práctica, pero sintetizando todo. El programa de paz de la sociedad burguesa es irrealizable. De allí la seguridad histórica de la aproximación de la revolución y la victoria".

retroceder espantada ante la confusa imponentia de sus objetivos. Pero ella *debe, debe*. La historia le cierra toda escapatoria a la tarea de conducir fuera de las tinieblas y del horror hacia la luz de la liberación a la humanidad tiranizada.

El fin de la guerra mundial no puede ser otro que... [lo que sigue es ilegible].

OBSERVACIONES CRÍTICAS A LA CRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN RUSA DE ROSA LUXEMBURGO

Paul Levi creyó oportuno publicar un ensayo redactado apresuradamente por la camarada Rosa Luxemburgo en la prisión de Breslau. Este ensayo quedó inconcluso. Su publicación aparece en el momento de los ataques más violentos contra el Partido Comunista Alemán y la III Internacional y constituye una etapa de esta lucha, al igual que las revelaciones del *Vorwärts* y el folleto de Friesland, aunque sirve a fines diferentes, mucho más profundos. Ya no es más la autoridad del PCA ni la confianza en la política de la III Internacional lo que se cuestiona, sino los fundamentos teóricos de la organización y de la táctica comunista.

La respetable autoridad de Rosa Luxemburgo debe ser puesta al servicio de esta causa. Su obra póstuma debe constituir la base teórica para la liquidación de la III Internacional y de sus secciones, por eso no basta con advertir que Rosa Luxemburgo, en consecuencia, modificó sus puntos de vista. Hay que ver en qué medida tiene razón o no. Sería muy posible –en abstracto– que durante los primeros meses de la revolución hubiese evolucionado en una dirección equivocada, que el cambio comprobado en sus puntos de vista por los camaradas A. Warski y K. Zetkin haya representado una tendencia errónea. La discusión debe, ante todo, partir de los puntos de vista transcritos por Rosa Luxemburgo en ese ensayo, independientemente de su actitud posterior al respecto.

En el ensayo firmado Junius, sobre todo en la crítica que de él hizo Lenin, y también en la crítica que Rosa

Luxemburgo publicó en 1904 en *Die Neue Zeit* sobre el libro de Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, algunas de las oposiciones anotadas entre Rosa Luxemburgo y los bolcheviques ya habían sido expresadas e intervienen, aunque parcialmente, en la redacción del programa de Spartacus.

I

Aquí trataremos del contenido efectivo del ensayo. En él, también el principio, el método, el fundamento teórico, el juicio general sostenido sobre el carácter de la revolución, condiciona, en última instancia, la posición tomada con respecto a cuestiones particulares de la Revolución rusa. Estos problemas, en su mayoría, fueron solucionados posteriormente por el tiempo. El mismo Levi lo reconoce con respecto a la cuestión agraria. Sobre este punto no hay necesidad de polemizar. Lo que importa es extraer el principio metodológico que nos acerca más al problema central de esas consideraciones: el de la *falsa apreciación del carácter de la revolución proletaria*. Rosa Luxemburgo afirma con insistencia:

A un gobierno socialista, llegado al poder, le espera siempre una tarea: tomar medidas que sean coherentes con los presupuestos fundamentales de una ulterior reforma socialista de las relaciones agrarias, y evitar al menos todo lo que obstaculice el camino hacia esas medidas.

Y reprocha a Lenin y a los bolcheviques el haber descuidado este punto; más aún, el haber hecho lo contrario. Si esta opinión fuese aislada, se podría decir que la camarada Rosa Luxemburgo –como casi todo el mundo en 1918– estaba insuficientemente informada sobre los

acontecimientos reales en Rusia. Pero si consideramos ese reproche en el conjunto de su exposición, inmediatamente nos damos cuenta de que sobrestima considerablemente el poder efectivo de que disponían los bolcheviques en cuanto a la forma de ordenamiento de la cuestión agraria. La revolución agraria era una cuestión totalmente independiente de la voluntad de los bolcheviques o de la voluntad del proletariado. Los campesinos habrían de cualquier modo repartido la tierra sobre la base de la expresión elemental de su interés de clase. Y ese movimiento elemental habría eliminado a los bolcheviques y a los socialistas revolucionarios. Para plantear correctamente el problema de la cuestión agraria no hay que preguntarse si la reforma agraria de los bolcheviques era una medida socialista o estaba encaminada hacia el socialismo, sino si, en esa cuestión en que el movimiento ascendente de la revolución se dirigía hacia su punto crucial, todas las fuerzas elementales de la sociedad burguesa en descomposición debían ser reunidas contra la burguesía que se organizaba en contrarrevolución (así esas fuerzas hubiesen sido "puramente" proletarias o pequeñoburguesas, así hubiesen estado o no encaminadas al socialismo). Había que tomar posición frente al movimiento campesino elemental que quería el reparto de las tierras, y esta toma de posición solo podía ser un Sí o un No claro, sin equívocos. Había que ponerse a la cabeza de este movimiento, o aplastarlo con las armas, en cuyo caso el bolchevismo se convertiría forzosamente en prisionero de la burguesía, aislada necesariamente en esta cuestión, como les ocurrió a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios. *En ese momento* no era cuestión de "desviar" progresivamente el movimiento "hacia el socialismo". Esto podía y debía ser intentado después. No discutiremos aquí en qué medida esta tentativa realmente

fracasó (cuestión no resuelta aún ya que hay "tentativas abortadas" que, sin embargo, en otro contexto y más tarde, darán sus frutos) ni cuáles son las causas de ese fracaso. Lo que se discute ahora es la decisión de los bolcheviques *en el momento de la toma del poder*. Y aquí es necesario consignar que para los bolcheviques la elección no estaba entre una reforma agraria orientada hacia el socialismo y otra que se alejaba de él. *Solo podían movilizarse para la revolución proletaria las energías liberadas del levantamiento campesino elemental, o bien –oponiéndosele– aislar sin esperanzas al proletariado y contribuir a la victoria de la contrarrevolución.*

Rosa Luxemburgo reconocía francamente:

Como medida política para la consolidación del gobierno proletario-socialista constituía una táctica excelente. Pero sin embargo presentaba dos aspectos, y el reverso de la medalla consiste en el hecho de que la ocupación directa de la tierra por parte de los campesinos no tiene absolutamente nada de común con una economía socialista.

Cuando a la apreciación correcta de la *táctica política* de los bolcheviques une, pese a ello, su reproche contra su forma de actuar *en el plano económico y social*, aparece ya la esencia de su apreciación de la Revolución rusa, de la revolución *proletaria*: la *sobrestimación* de su carácter puramente proletario y, por consiguiente, la sobrestimación del poder exterior y de la lucidez y madurez interior que la clase proletaria puede poseer en la primera fase de la revolución y que, efectivamente, poseyó. Y se evidencia también, como contrapartida, la *subestimación* de la importancia de los elementos no proletarios, *fuera* de la clase y del poder de tales ideologías *dentro* del proletariado mismo. Esta falsa apreciación de las verdaderas

fuerzas motrices conduce al aspecto decisivo de su posición errónea: a la subestimación del papel del partido en la revolución, a la subestimación de la acción política consciente, en oposición al movimiento elemental, bajo la presión de la necesidad de la evolución económica.

II

Más de un lector encontrará exagerado hacer de todo esto una cuestión de principio. Para comprender más claramente la exactitud objetiva de nuestro juicio, debemos volver a los problemas particulares del folleto. La posición de Rosa Luxemburgo sobre el problema de las nacionalidades en la Revolución rusa remite a las discusiones críticas de la época de la guerra: al folleto de Junius y a la crítica que de él hiciera Lenin.

La tesis que Lenin siempre combatió obstinadamente (y no solo con ocasión del folleto de Junius, aunque allí revista su forma más clara y característica) es la siguiente: "En la época del imperialismo desenfrenado ya no puede haber guerra nacional alguna"⁴⁰. Esta oposición puede parecer puramente técnica ya que había un acuerdo total entre ambos sobre el carácter imperialista de la guerra mundial.

También coincidían en que los aspectos particulares de la guerra, que considerados aisladamente constituirían guerras nacionales, debían necesariamente ser

40 Cf. "Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional". Tesis 5. [Se trata de un conjunto de tesis elaboradas por Rosa Luxemburgo y que fueron propuestas a la ISK de Berna (Comisión Socialista Internacional) por el grupo de socialdemócratas alemanes de izquierda que publicaban en 1915 la revista *Die Internationale*. Cf. sobre dicho grupo el artículo de V.I. Lenin: "Acerca del folleto de Junius", en *Obras Escogidas*, t. vi, p. 3.]

evaluados como fenómenos imperialistas por el hecho de pertenecer a un contexto de conjunto imperialista (Serbia y la justa actitud de los camaradas serbios). Pero objetiva y prácticamente surgen de inmediato problemas muy importantes. Primeramente, una evolución que posibilita nuevamente guerras nacionales es poco verosímil, aunque no pueda ser excluida. Su aparición depende del ritmo con que se opera el pasaje de la fase de guerra imperialista a la de guerra civil. También es falso generalizar el carácter imperialista de esta época al punto de que se llegue a negar la posibilidad misma de guerras nacionales, ya que llevaría eventualmente al político socialista a actuar como un reaccionario (por fidelidad a los principios).

En segundo lugar, las sublevaciones de los pueblos coloniales y semicoloniales constituyen necesariamente guerras nacionales que los partidos revolucionarios deben de cualquier modo sostener y frente a los cuales la neutralidad sería directamente contrarrevolucionaria (actitud de Serrati frente a Kemal). En tercer lugar, no hay que olvidar que no solo en las capas pequeñoburguesas (cuyo comportamiento puede, en ciertas condiciones, favorecer en gran medida a la revolución) sino también en el mismo proletariado, particularmente en el proletariado de las naciones oprimidas, las ideologías nacionalistas siguen vigentes. Y la receptividad de ese proletariado al verdadero internacionalismo no puede ser despertada mediante una anticipación utópica –en el pensamiento– sobre la situación socialista y el porvenir, donde ya no se suscitarían cuestiones de nacionalidades.

Puede despertarse solo demostrando prácticamente que una vez victorioso el proletariado de una nación opresora ha roto con las tendencias opresivas del imperialismo hacia sus últimas consecuencias, hasta el derecho total de disponer de sí mismo, hasta la "separación estatal"

inclusive. A decir verdad, a esta consigna debe corresponder, en cuanto complemento en el proletariado del pueblo oprimido, la consigna de la solidaridad, de la federación. Solo estas dos consignas juntas pueden ayudar al proletariado, al que el simple hecho de su victoria no hizo perder su contaminación con las ideologías nacionalistas burguesas, a salir de la crisis ideológica de la fase de transición. La política de los bolcheviques en ese aspecto ha resultado justa, a pesar de los fracasos de 1918.

Aun sin la consigna del pleno derecho a disponer de sí misma, la Rusia soviética habría perdido después de Brest-Litovsk los Estados limítrofes y Ucrania. Sin esa política, sin embargo, no habría vuelto a ganar ni esta última ni las repúblicas caucásicas, etcétera. En este aspecto, la crítica de Rosa Luxemburgo ha sido refutada por la historia. Y no nos ocupáramos tan extensamente de ella (su expresión ya fue combatida por Lenin en su crítica del folleto de Junius) si no apareciese allí la misma concepción del carácter de la revolución proletaria ya analizada por nosotros en el problema agrario. Tampoco aquí Rosa Luxemburgo ve la elección impuesta por el destino entre necesidades no "puramente" socialistas, ante la cual la revolución proletaria está enfrentada en sus comienzos. No ve la necesidad, para el partido revolucionario del proletariado, de movilizar todas las fuerzas revolucionarias (en el momento dado) y de levantar de ese modo, claramente y lo más profundamente posible (cuando las fuerzas se midan), el frente de la revolución ante la contrarrevolución. Opone siempre a las exigencias del momento los principios de las etapas futuras de la revolución. Esta actitud constituye el fundamento de los análisis en última instancia decisivos de este trabajo: los de la violencia y la democracia, los del sistema de los soviets y el partido. Es

necesario, pues, reconocer esos puntos de vista en su verdadera esencia.

III

En este ensayo Rosa Luxemburgo se une a aquellos que desaprueban decididamente la construcción del sistema de los consejos, el despojo de los derechos de la burguesía, la falta de "libertad", el recurso del tenor, etc. Nos enfrentamos así a la tarea de demostrar cuáles fueron las posiciones teóricas fundamentales que llevaron a Rosa Luxemburgo –que fue siempre la portavoz insuperada, la maestra y dirigente inolvidable del marxismo revolucionario– a oponerse en forma radical a la política revolucionaria de los bolcheviques. Ya indiqué los momentos más importantes de su apreciación de la situación. Ahora hay que ahondar en este ensayo de Rosa Luxemburgo para poder reconocer el factor del que proceden lógicamente esos puntos de vista.

Dicho factor es la sobrestimación del carácter orgánico de la revolución en la historia. Rosa Luxemburgo demostró en forma contundente –en sus escritos contra Bernstein– la inconsistencia del "tránsito natural" pacífico al socialismo. También demostró convincentemente la marcha dialéctica de la evolución, el refuerzo creciente de las contradicciones internas del sistema capitalista, no solo en el plano puramente económico sino también en el de las relaciones entre la economía y la política:

Las relaciones de producción de la sociedad capitalista se aproximan más y más a la socialista, en tanto que, por el contrario, las relaciones jurídicas y políticas elevan, entre

la sociedad capitalista y la socialista, un muro cada vez más alto.⁴¹

De este modo, la necesidad de una modificación violenta, revolucionaria, está probada a partir de las tendencias de evolución de la sociedad. Aquí también se halla oculto el germen de la concepción según la cual la revolución debería apartar solamente los obstáculos “políticos” del cambio de la evolución económica. Las contradicciones dialécticas de la producción capitalista son reconocidas tan claramente que es casi imposible –en ese contexto– arribar a tales conclusiones.

Rosa Luxemburgo no cuestiona aquí la necesidad para la Revolución rusa de la violencia en general. “El socialismo tiene como condiciones –dice– una serie de medidas violentas contra la propiedad, etc.”; del mismo modo, varios años después el programa de Spartacus reconocía que “a la violencia de la contrarrevolución burguesa debe oponérsele la violencia revolucionaria del proletariado”.⁴²

No obstante, este reconocimiento del papel de la violencia solo alcanza al aspecto negativo, a los obstáculos a vencer y no a la construcción misma del socialismo. Este no se deja “decretar, introducir a golpes de úkases”. Afirmo Rosa Luxemburgo:

El sistema socialista de sociedad debe y puede ser solo un producto histórico, nacido de su propia escuela, la escuela de la experiencia que, al igual que la naturaleza orgánica de la que es en definitiva una parte, tiene la buena costumbre de producir siempre, a la vez que una real necesidad social,

41 Rosa Luxemburgo. *¿Reforma o revolución?*, s. e., Buenos Aires: 1946, p. 53.

42 Informe al congreso de fundación del PCA [en alemán].

los medios de satisfacerla; el problema a la vez que su solución.

No quiero detenerme en el carácter particularmente no dialéctico de este proceso de pensamiento de la gran dialéctica que fue siempre Rosa Luxemburgo. Observemos simplemente que una oposición rígida, una separación mecánica de lo "positivo" y de lo "negativo", de la "destrucción" y de la "construcción", contradice directamente el hecho de la revolución ya que, en las medidas revolucionarias del Estado de los proletarios, sobre todo inmediatamente después de la toma del poder, la separación de lo "positivo" y de lo "negativo" es inconcebible y aún más irrealizable en la práctica. Combatir a la burguesía, arrancar de sus manos los medios de poder en la lucha económica de clases, sobre todo al comienzo de la revolución, es imprescindible para efectuar los primeros pasos de la organización económica. Es obvio que esas primeras tentativas deben ser profundamente corregidas con posterioridad. Sin embargo, aun las formas ulteriores de organización conservarán, tanto tiempo como dure la lucha de clases –o sea por largo tiempo–, ese carácter "negativo" de lucha, esa tendencia a la destrucción y a la opresión. Las formas económicas de las futuras revoluciones proletarias victoriosas en Europa podrán ser muy diferentes a las de la revolución; lo que parece como probable es que la etapa del "comunismo de guerra" (al que se refiere la crítica de Rosa Luxemburgo) pueda ser totalmente y desde todo punto de vista evitada.

Más importante aún que el aspecto histórico del texto que se acaba de citar es, sin embargo, el método que revela. En efecto, allí se manifiesta una tendencia que sin duda se podría caracterizar muy claramente por la expresión de *pasaje ideológico natural al socialismo*. Ya se sabe que

Rosa Luxemburgo fue, por el contrario, una de las primeras en llamar la atención sobre la transición plena de crisis y recaídas del capitalismo al socialismo⁴³. También en este escrito no faltan textos en ese sentido. Si hablo de tal tendencia no la concibo evidentemente en el sentido del oportunismo, como si Rosa Luxemburgo hubiese representado la revolución de manera tal que la evolución económica llevara al proletariado lo suficientemente lejos como para que no tuviera que recoger, una vez alcanzada la madurez ideológica suficiente, los frutos del árbol de esta evolución y recurrir efectivamente a la violencia solo para superar los obstáculos "políticos". Rosa Luxemburgo tenía perfectamente en claro las recaídas necesarias, las correcciones, los errores de los períodos revolucionarios. Su tendencia a sobrestimar el elemento orgánico de la evolución se manifiesta simplemente en la convicción dogmática de que se produce "a la vez que la necesidad social real, el medio de satisfacerla; el problema a la vez que su solución".

La sobrestimación de las fuerzas espontáneas elementales de la revolución, especialmente en la clase históricamente llamada a dirigirla, determina su posición respecto de la Constituyente. Reprocha a Lenin y a Trotsky "una concepción esquemática rígida", porque –de la composición de la Constituyente– extrajeron la conclusión de que era impropia para ser el órgano de la revolución proletaria. "¡Cómo contradice esto toda la experiencia histórica! Esta última, por el contrario, nos muestra que el fluido viviente de la voluntad popular rodea constantemente los cuerpos representativos, los penetra y orienta". Y en un pasaje anterior se refiere a la experiencia de la Revolución

43 Rosa Luxemburgo. *¿Reforma...*, ob. cit.

inglesa y francesa con respecto a los cambios de orientación de los cuerpos parlamentarios.

Esta comprobación de los hechos es totalmente justa, pero Rosa Luxemburgo no destaca con suficiente claridad que esos "cambios de orientación" se asemejan extremadamente, en su esencia, a la disolución de la Constituyente. Las organizaciones revolucionarias de los elementos por ese entonces más netamente progresistas de la revolución (los "consejos de soldados" del ejército inglés, las secciones parisinas, etc.) *alejaron constantemente por la violencia a los elementos retrógrados de los cuerpos parlamentarios*, transformando así a esos cuerpos parlamentarios conforme al nivel de la revolución. Tales transformaciones en una revolución burguesa solo podían ser, en la mayoría de los casos, desplazamientos en el *interior* del órgano de lucha de la clase burguesa: el Parlamento. Y aun allí es notable ver, sin embargo, qué refuerzo poderoso de la acción de los elementos extraparlamentarios (semiproletarios) se efectúa en la Gran Revolución francesa, en comparación con la Revolución inglesa. La Revolución rusa de 1917, con sus etapas previas de 1871 y 1905, *aporta el pasaje brusco de esos refuerzos cuantitativos al cambio cualitativo*. Los soviets, las organizaciones de los elementos más conscientemente progresistas de la revolución, no se limitaron esta vez a "depurar" la Constituyente de todos los partidos que no fuesen los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda, sino que ocuparon su lugar. Los órganos proletarios y semiproletarios de control y promoción de la revolución burguesa se convierten en los órganos de lucha y de poder del proletariado victorioso.

IV

Rosa Luxemburgo se niega rotundamente a dar ese "salto". Y no solo porque subestima el carácter abrupto, violento, "inorgánico" de esas transformaciones de los cuerpos parlamentarios anteriores, *sino porque no reconoce a la forma soviética como forma de lucha y de gobierno del período de transición, como forma de lucha para conquistar e imponer las condiciones del socialismo*. En los soviets percibe más bien la "superestructura" de la época de la evolución social y económica en la cual la transformación, en el sentido socialista, está casi totalmente "concluida":

Es insensato calificar el derecho electoral de producto de la fantasía, producido utópico y aislado de la realidad social. Y es justamente por eso que no es un instrumento importante de la dictadura del proletariado. Es un anacronismo, o una anticipación de la situación jurídica, que es razonable sobre una base económica totalmente socialista, pero no en la fase de transición de la dictadura del proletariado.

Aquí, Rosa Luxemburgo roza, con la firme lógica que le es propia aunque de manera errónea, una de las cuestiones más importantes en la apreciación teórica del período de transición.

Se trata del papel que le corresponde al Estado (a los soviets como forma estatal del proletariado victorioso) en la transformación económica y social de la sociedad. ¿Se trata solamente de una situación producida por las fuerzas motrices económicas –actuando más allá de la conciencia o reflejándose a lo sumo en una "falsa" conciencia–, situación que es sancionada *a posteriori* y protegida por el Estado proletario, por sus leyes, etc.? ¿O bien

esas formas de organización del proletariado tienen en la construcción del período de transición una función conscientemente determinante? Por cierto que la afirmación de Marx, en su *Crítica del programa de Gotha*, de que “el derecho no puede nunca ser superior a la estructura económica de la sociedad”, conserva todo su valor. Pero de aquí no se desprende que la *función social del Estado proletario* y, por consiguiente, su posición en el sistema de conjunto de la sociedad proletaria, sea la misma que la del *Estado burgués en la sociedad burguesa*. En una carta a Konrad Schmidt, Engels define esta última de una manera esencialmente negativa. El Estado puede promover una evolución económica presente, puede oponérsele, puede

... cerrar (...) ciertos derroteros y trazarle imperativamente otros (...) Pero es evidente que en el segundo y en el tercer caso el poder político puede causar grandes daños al desarrollo económico y originar un derroche en masa de fuerza y de materia.⁴⁴

Puede uno preguntarse si la función económica y social del Estado proletario es la misma que la del Estado burgués. ¿Solo puede, en el mejor de los casos, activar o frenar una evolución económica independiente de él, es decir, *completamente primaria en relación con él*? Es evidente que la respuesta al reproche que Rosa Luxemburgo hace a los bolcheviques depende de la respuesta a esta pregunta. Si la respuesta es afirmativa, entonces Rosa Luxemburgo tiene razón: el Estado proletario (el sistema de los soviets) solo puede surgir como “superestructura”

44 Carta de Engels a Konrad Schmidt del 27 de octubre de 1890. En: Marx-Engels, *Obras Escogidas*, t. II, p. 536.

ideológica después del éxito de la transformación económico-social y como su consecuencia.

Muy distinta es la situación si observamos la función del Estado proletario cuando plantea los fundamentos de la organización socialista y, por consiguiente, los fundamentos conscientes de la economía. Nadie cree (y menos el Partido Comunista Ruso) que se pueda simplemente "decretar" el socialismo. Los fundamentos del modo de producción capitalista –y con ellos la "necesidad de leyes naturales" que actúan automáticamente– no son eliminados completamente por el hecho de que el proletariado haya tomado el poder y realice en las instituciones una socialización, aun muy exagerada, de los medios de producción. Su abolición, su remplazo por el modo de economía socialista organizada de manera consciente, no debe, sin embargo, ser considerado solo como un proceso de vasto alcance, sino también como una lucha encarnizada sostenida conscientemente.

El terreno debe ser conquistado palmo a palmo sobre dicha "necesidad". Toda sobrestimación de la madurez de la situación, del poder del proletariado, toda subestimación de la violencia de las fuerzas adversarias, se pagan amargamente en forma de crisis, recaídas, evoluciones económicas que conducen forzosamente más acá del punto de partida. Pero también sería falso, una vez que se ha comprendido que hay límites determinados –con frecuencia muy estrechos, que limitan el poder del proletariado y su capacidad de reglamentar conscientemente el orden económico–, concluir que la "economía" del socialismo se realizará de alguna manera por sí misma, es decir, al igual que en el capitalismo, por las "leyes ciegas" de sus fuerzas motrices:

Engels no piensa –dice Lenin en el comentario de la carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1891– que lo “económico” apartará inmediatamente de sí todas las dificultades del camino... La adaptación de lo político a lo económico se dará, pero no de un solo golpe ni de manera simple, sin dificultades e inmediatamente.⁴⁵

La reglamentación consciente y organizada del orden económico solo puede ser realizada conscientemente, y el órgano de esta realización es justamente el Estado proletario, el sistema soviético. Los soviets son, por lo tanto, “una anticipación sobre la situación jurídica” de una fase ulterior de la división de clases, pero de ninguna manera constituyen una utopía vacía y suspendida en el aire: son, por el contrario, *el único medio apropiado para que esta situación anticipada cobre alguna vez realmente vida*. El socialismo no se establecerá nunca “por sí mismo”, bajo el efecto de las leyes naturales de la evolución económica. Es cierto que las leyes naturales impulsan el capitalismo a su última crisis, pero el final de su camino significará el aniquilamiento de toda la civilización, una nueva barbarie.

Aquí reside justamente la diferencia más profunda entre las revoluciones burguesas y las proletarias. La marcha tan brillante de las revoluciones burguesas está basada socialmente en el hecho de que en una sociedad, cuya estructura absolutista feudal está minada profundamente por el capitalismo ya muy desarrollado, extraen las consecuencias políticas, estatales, jurídicas, etc., de una evolución económico-social ya realizada. Pero el elemento realmente revolucionario es la transformación económica del orden de producción feudal en orden capitalista, de

45 Lenin-Zinoviev. *Gegen den strom (Contra la corriente)*, (s. e.), Petrogrado: 1918.

manera que se podría concebir teóricamente esta evolución sin revolución burguesa, sin transformación política por parte de la burguesía revolucionaria. Lo que restará de la superestructura absolutista feudal y no hubiera sido eliminado por "revoluciones desde arriba" se hundiría "por sí mismo" cuando el capitalismo esté plenamente desarrollado. (La evolución de Alemania corresponde, en parte, a ese esquema).

Es cierto que una revolución proletaria también sería inconcebible si sus condiciones y sus presupuestos económicos no surgieran ya en el seno de la sociedad burguesa debido a la evolución de la producción capitalista. Pero la gran diferencia entre ambos tipos de evolución reside en que *el capitalismo, en cuanto modo económico, ya se desarrolló en el seno del feudalismo, destruyéndolo*, mientras que sería una utopía fantástica imaginar que dentro del capitalismo puede desarrollarse en dirección del socialismo otra cosa que, por una parte, *las condiciones económicas objetivas de su posibilidad*, que solo pueden ser transformadas en elementos reales del modo de producción socialista después y como consecuencia de la caída del capitalismo; y, por otra parte, del desarrollo del proletariado como clase. Piénsese en la evolución sufrida por la manufactura y el sistema de arrendamiento capitalista cuando el orden feudal existía todavía. Solo tenía necesidad de quitar las barreras jurídicas del cambio de su libre desenvolvimiento. La concentración del capital en *cartels, trusts, etc.*, constituye, por el contrario, una condición ineluctable de la transformación del modo de producción capitalista en modo de producción socialista. Pero hasta la concentración capitalista más poderosa permanecerá, en el plano económico también, cuantitativamente diferente de una organización socialista, y no podrá dejar de ser "ella misma" ni transformarse

jurídicamente en el marco de la sociedad capitalista. El fracaso tragicómico de todas las "tentativas de socialización" en Alemania y Austria es una prueba lo suficientemente clara de esta última imposibilidad.

Después de la caída del capitalismo comienza *un proceso largo y doloroso* en esta dirección, lo que no contradice dicha oposición. Por el contrario, no sería una forma dialéctica e histórica de pensamiento exigir –porque se ha comprobado que el socialismo solo puede ser realizado como *transformación consciente de toda la sociedad*– que esta transformación tenga lugar súbitamente y no en forma de proceso. Ese proceso es, no obstante, *cualitativamente* distinto de la transformación de la sociedad feudal en sociedad burguesa. Y esta diferencia cualitativa se expresa más claramente en la función cualitativamente distinta que le cabe al Estado en la revolución, en la que, como dice Engels, "ya no es más un Estado en el sentido exacto", y en la relación cualitativamente distinta entre la política y la economía. La conciencia que tiene el proletario del papel del Estado en la evolución proletaria, en oposición al ocultamiento ideológico de este en las revoluciones burguesas, conciencia que *prevé* y perturba y que se opone al conocimiento burgués, indica crudamente la oposición. Esto es lo que desconoce Rosa Luxemburgo en su crítica del reemplazo de la Constituyente por los soviets: *se representa la revolución proletaria bajo las formas estructurales de las revoluciones burguesas.*

V

Oponiendo de manera terminante la apreciación "orgánica" de la apreciación dialéctica revolucionaria de la situación, podemos penetrar más profundamente todavía en los procesos de pensamiento de Rosa Luxemburgo,

hasta llegar al problema del papel del partido en la revolución y, a través de él, a la actitud con respecto a la concepción bolchevique del partido y sus consecuencias tácticas y organizativas.

La oposición entre Lenin y Rosa Luxemburgo se remonta a mucho tiempo atrás. Es sabido que, luego de la primera querrela entre mencheviques y bolcheviques sobre la organización, Rosa Luxemburgo tomó partido contra estos últimos. No se oponía a ellos en el plano político y táctico, sino en el plano puramente organizativo. En casi todas las cuestiones de táctica (huelgas de masa, juicio sobre la revolución de 1905, imperialismo, lucha contra la guerra mundial que se aproximaba, etc.), Rosa Luxemburgo y los bolcheviques seguían siempre un camino común. Es así como en Stuttgart, precisamente en la resolución decisiva sobre la guerra, ella fue la representante de los bolcheviques. Y, sin embargo, su oposición es mucho menos episódica de lo que podría parecer, si se juzga por los numerosos acuerdos políticos y tácticos, aun cuando, por otra parte, no hay que extraer las conclusiones de que sus caminos se separan rigurosamente. La oposición entre Lenin y Rosa Luxemburgo era la siguiente: la lucha contra el oportunismo, ¿es una lucha *intelectual dentro* del partido revolucionario del proletariado, o debe decidirse en el terreno de la *organización*? Rosa Luxemburgo combate esta última concepción. En primer lugar, considera como exagerado el papel central que los bolcheviques acuerdan a los problemas de organización como garantías del espíritu revolucionario en el movimiento obrero. Cree que el principio realmente revolucionario debe ser buscado exclusivamente en la espontaneidad elemental de las masas, en relación con las cuales las organizaciones centrales del partido desempeñan siempre un papel conservador e inhibitor. Piensa

que una centralización realizada de modo efectivo no puede menos que acentuar la “escisión entre el impulso de las masas y las vacilaciones de la socialdemocracia”⁴⁶. Considera luego la forma misma de la organización como algo que crece orgánicamente, no como algo “fabricado”. “En el movimiento socialdemócrata la organización también (...) es un producto histórico de la lucha de clases en la que la socialdemocracia *introduce simplemente la conciencia política*”.⁴⁷

Y esta concepción está sostenida, a su vez, por la *concepción de conjunto* que tiene Rosa Luxemburgo del *desarrollo previsible del movimiento revolucionario*, concepción cuyas consecuencias prácticas ya hemos visto en la crítica de la reforma agraria bolchevique y de su consigna del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos:

El principio que hace de la socialdemocracia la representante de la clase proletaria, pero al mismo tiempo la representante del conjunto de los intereses progresistas de la sociedad y de todas las víctimas oprimidas del orden social burgués –dice Rosa Luxemburgo– no significa simplemente que en el programa de la socialdemocracia todos los intereses estén reunidos en tanto que ideas. Ese principio se vuelve verdadero bajo la forma de evolución histórica en virtud de la cual la socialdemocracia, en tanto que *partido político*, se convierte poco a poco en el refugio

46 *Die Neue Zeit*, 22. J. 2 Band (1903-1904), n.º 42 y 43, p. 491. [Lukács cita aquí el célebre artículo de Rosa Luxemburgo “Organisationsfragen der Russischen Sozialdemokratie” (“Problemas de organización de la socialdemocracia rusa”), que estaba destinado a polemizar con las concepciones de Lenin acerca del partido, esbozadas en *¿Qué hacer?* y *Un paso adelante, dos atrás*].

47 *Ibid.*, p. 486 (subrayado por G. Lukács), *ob. cit.*

de los elementos insatisfechos más diversos, se convierte realmente en el partido del pueblo contra una ínfima minoría de la burguesía reinante.⁴⁸

De allí resulta que, según los puntos de vista de Rosa Luxemburgo, los frentes de la revolución y de la contrarrevolución se estructuren poco a poco y "orgánicamente" (aun antes de que la revolución se vuelva actual) y que *el partido devenga el punto de reunión organizativo de todos los sectores movilizados contra la burguesía por el curso de la evolución*. Se trata solo de impedir que la idea de la lucha de clases sea debilitada y sufra transformaciones pequeñoburguesas. Aquí la centralización organizativa puede y debe aportar su ayuda, pero solo en el sentido de que es "simplemente un poderoso medio exterior, para la mayoría revolucionaria efectivamente existente en el partido, de ejercer la influencia determinante".⁴⁹

Rosa Luxemburgo parte, en primer lugar, de la idea de que la clase obrera entrará en la revolución formando un bloque uniformemente revolucionario, sin estar contaminada o desviada del recto camino por las ilusiones democráticas de la sociedad burguesa⁵⁰. Además, parece admitir que los sectores pequeñoburgueses de la sociedad burguesa, amenazados mortalmente en su existencia social por el agravamiento revolucionario de la situación económica, se unirán también en el plano del partido, en el plano organizativo, con el proletariado combatiente. Si esta suposición es correcta, de ella procede evidentemente el rechazo de la concepción bolchevique de partido: el

48 Ibid., pp. 533-534.

49 Ibid., p. 534.

50 Cf. Rosa Luxemburg. *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften* (*Huelga de masas, partidos y sindicatos*), Vulkan-Verlag, Leipzig: 1919.

fundamento político de esta concepción es justamente que el proletariado debe hacer la revolución *en alianza*, pero no en unidad organizativa con los sectores opositores de la burguesía, y que debe necesariamente *entrar en conflicto con ciertos sectores proletarios* que combaten junto a la burguesía contra el proletariado revolucionario. No hay que olvidar que la primera ruptura con los mencheviques no fue solo por la cuestión de los estatutos de la organización, sino también por el problema de la alianza con la burguesía "progresista" (lo que prácticamente significó, entre otras cosas, el abandono del movimiento campesino revolucionario), por el problema de la coalición con esta burguesía para realizar y consolidar la revolución burguesa.

Así se ve claramente que, aunque haya apoyado en todas las cuestiones de táctica política a los bolcheviques contra sus adversarios oportunistas y aunque siempre haya desenmascarado todo oportunismo de la manera no solo más penetrante y ardiente sino también más profunda y radical, Rosa Luxemburgo *debía necesariamente seguir otros caminos en la apreciación del peligro oportunista y, por consiguiente, en el método para combatirlo*. Si la lucha contra el oportunismo es tomada exclusivamente como una lucha intelectual *dentro* del partido, debe ser conducida de manera que se centre en el esfuerzo de persuasión con los partidarios del oportunismo, en la obtención de una mayoría *dentro del partido*. Es natural que, de esta manera, la lucha contra el oportunismo se fraccione en *una serie de combates particulares aislados*, en los cuales los aliados de ayer pueden convertirse en los adversarios de hoy, e inversamente. Un combate *contra el oportunismo como orientación* no puede cristalizarse en esta forma: el terreno de la "lucha intelectual" cambia con cada problema y con él la

concepción de los grupos que combaten (Kautsky en la lucha contra Bernstein y la discusión sobre la huelga de masas, Pannekoek en esta última y en la disputa sobre el problema de la acumulación, la actitud de Lensch en esta cuestión y durante la guerra, etc.). Este desarrollo no organizado no pudo impedir completamente, aun en los partidos no rusos, la formación de una derecha, de un centro y de una izquierda. Pero el carácter simplemente ocasional de tales reagrupamientos impidió que esas oposiciones se evidenciaran claramente en el plano intelectual y organizativo (y, por consiguiente, de partido) y debía, necesariamente, conducir a reagrupamientos totalmente falsos, los que, una vez consolidados en el plano de la organización, suscitarán obstáculos importantes en la clasificación *dentro* de la clase obrera (Stroebel en el grupo de la *Internacional*: el “pacifismo” como factor de la separación con los derechistas; Bernstein en el Partido Socialista Independiente; Serrati en Zinmenvald; Clara Zetkin en la Conferencia Internacional de Mujeres). Esos peligros han recrudecido por el hecho de que la lucha no organizada, simplemente intelectual, contra el oportunismo, se ha convertido muy fácil y frecuentemente –dado que en Europa Central y Occidental el aparato del partido estaba casi siempre en manos de la derecha o del centro– en una lucha contra el partido en general como forma de organización (Pannekoek, Rühle, etc.).

En la época del primer debate entre Rosa Luxemburgo y Lenin e inmediatamente después, esos peligros no eran claramente visibles, al menos para aquellos que no estaban en condiciones de utilizar en forma crítica la experiencia de la primera Revolución rusa. Sin embargo, Rosa Luxemburgo estaba justamente entre los mejores conocedores de la Revolución rusa. El hecho de que haya adoptado el punto de vista de la izquierda no rusa, compuesta

principalmente de ese sector radical del movimiento obrero que no tenía ninguna experiencia revolucionaria práctica, solo puede comprenderse a partir de su *concepción de conjunto "orgánica"*. Se ve claramente, a partir de las explicaciones dadas hasta ahora, por qué en su análisis –por otra parte magistral– de los movimientos de huelgas de masas en la primera Revolución rusa, ella no dice nada del papel de los mencheviques en los movimientos políticos de esos años. Y es que vio claramente y combatió de manera enérgica los peligros tácticos y políticos de toda actitud oportunista, pero opinaba que tales oscilaciones hacia la derecha debían ser y son efectivamente liquidadas, de modo espontáneo, por la evolución "orgánica" del movimiento obrero. De allí que en su artículo polémico contra Lenin concluya con estas palabras: "Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales".⁵¹

VI

Cuando estalla la guerra mundial y sobreviene luego la guerra civil, esta cuestión hasta entonces "teórica" se torna práctica y candente. *El problema de la organización se transforma en problema de táctica política*; el menchevismo se convierte en la cuestión crucial de la revolución proletaria. La victoria sin resistencia de la burguesía imperialista sobre el conjunto de la II Internacional, durante la época de la movilización de 1914, y la posibilidad que

51 Rosa Luxemburgo. "Organisationsfragen der Russischen Sozialdemokratie", ob. cit.

tuvo la burguesía de explotar y consolidar esta victoria durante la guerra mundial, no podían de ningún modo ser tomadas y apreciadas como una "desgracia" o como la simple consecuencia de una "traición", etc. Si el movimiento obrero revolucionario quería recuperarse de esta derrota, *había que concebir este fracaso, esta "traición", en relación con la historia del movimiento obrero: reconocer al socialchovinismo, al pacifismo, etc., como una consecuencia lógica del oportunismo como orientación.*

Este conocimiento es una de las principales conquistas imperecederas de la actividad de Lenin durante la guerra mundial. Su crítica del folleto de Junius se ubica precisamente en este punto: la discusión insuficiente del oportunismo como orientación. Es cierto que el folleto de Junius, y anteriormente la Internacional, estaban llenas de una *polémica teóricamente correcta* contra la traición de los derechistas y las vacilaciones del centro en el movimiento obrero alemán. Pero esta polémica revelaba una teoría y una propaganda, aunque no una organización, porque siempre estuvo animada por la creencia de que se trataba solo de "divergencias de opiniones" dentro del partido revolucionario del proletariado. La exigencia organizativa de las tesis añadidas al folleto de Junius (tesis X-XII) constituye el fundamento de una nueva Internacional. Esta exigencia, sin embargo, permanece suspendida en el vacío porque faltan las guías intelectuales y, por consiguiente, organizativas de su realización.

El problema de la organización se transforma aquí en un problema político para todo el proletariado revolucionario. La importancia de los partidos obreros ante la guerra mundial debe ser concebida como un hecho de la historia mundial y, por consiguiente, como una consecuencia necesaria de toda la historia del movimiento obrero. El hecho de que, casi sin excepción, un sector

influyente de los partidos obreros se coloque en forma abierta del lado de la burguesía, que por otra parte acuerde con ella alianzas secretas no reconocidas, y que los dos puedan, intelectual y organizativamente, conservar a la vez bajo su dirección a los sectores decisivos del proletariado, debe constituir el punto de partida de la apreciación de la situación y de la tarea del partido obrero revolucionario. Hay que reconocer claramente que, en la formación progresiva de los dos frentes de la guerra civil, el proletariado entrará inicialmente en la lucha dividido e interiormente desgarrado. Ese desgarramiento no puede ser suprimido simplemente con discusiones. Es una esperanza vana contar con "persuadir" poco a poco, hasta a sus capas dirigentes, de la justeza de los criterios revolucionarios, así como pensar que el movimiento obrero podrá instaurar su unidad –revolucionaria– "orgánicamente", desde "dentro". El problema que surge es el siguiente: ¿de qué modo la gran masa del proletariado –que es *instintivamente* revolucionaria, pero no alcanzó aún una conciencia clara– puede ser llevada en esta dirección? Es obvio que precisamente el carácter teórico y "orgánico" de la discusión deja el campo abierto a los mencheviques y les ayuda a ocultar al proletariado el hecho de que, en la hora decisiva, están de parte de la burguesía. Hasta que el sector del proletariado, que se levanta espontáneamente contra esta actitud de sus jefes y aspira a una dirección revolucionaria, se una organizativamente; hasta que los partidos y los grupos realmente revolucionarios que de allí surjan logren, a través de sus acciones (para las cuales sus *propias organizaciones revolucionarias de partido* son inevitablemente necesarias), ganar la confianza de las grandes masas y arrancarlas de la dirección de los oportunistas, no puede haber guerra civil que

a pesar de la situación global sea revolucionaria de manera durable y se intensifique objetivamente.

La situación mundial es objetivamente revolucionaria de manera durable y creciente. Es precisamente Rosa Luxemburgo la que ha dado un fundamento teórico al conocimiento de la esencia objetivamente revolucionaria de la situación en su libro clásico *La acumulación del capital*, libro todavía muy poco conocido y utilizado; y este desconocimiento constituye un gran perjuicio para el movimiento revolucionario. Exponiendo de qué manera la evolución del capitalismo significa la desintegración de los sectores que no son ni capitalistas ni obreros, *elabora su teoría económica y social de la táctica revolucionaria de los bolcheviques frente a los sectores no proletarios de trabajadores*. Rosa Luxemburgo demuestra que, cuanto más se aproxima la evolución al punto en el que el capitalismo declina, en mayor medida ese proceso de desintegración debe necesariamente revestir formas exacerbadas. Sectores cada vez más grandes se separan del edificio aparentemente sólido de la sociedad burguesa, desencadenan movimientos que pueden (sin encaminarse hacia el socialismo) acelerar en gran medida, con la violencia con que estallan, lo que es condición del socialismo; es decir, el hundimiento de la burguesía.

En esta situación que desintegra siempre a la sociedad burguesa, que impulsa al proletariado, lo quiera este o no, hacia la revolución, *los mencheviques están abiertos o solapadamente del lado de la burguesía*; se hallan en el frente enemigo contra el proletariado revolucionario y los demás sectores (o pueblos) que se rebelan instintivamente. Pero con el conocimiento de este hecho *se derrumba la concepción de Rosa Luxemburgo sobre la marcha de la revolución*, concepción sobre la que construyó lógicamente su oposición a la forma de organización de los bolcheviques.

En su crítica de la Revolución rusa, Rosa Luxemburgo no extrajo aún las consecuencias necesarias que se derivan del conocimiento de este hecho, mientras que en *La acumulación del capital* había establecido sus fundamentos económicos más profundos. Sin embargo, como lo destaca por otra parte Lenin, hay un solo paso entre un buen número de pasajes del folleto de Junius y la formulación clara de esas consecuencias. Ella parece haber conservado, aún en 1918 y después de las experiencias del primer período de la Revolución rusa, su vieja actitud con respecto al problema del menchevismo.

Así se explica que defienda los "derechos a la libertad", en contra de los bolcheviques. "La libertad –dice– es siempre también la libertad de los que piensan de otro modo". Es, pues, la libertad para las otras "corrientes" del movimiento obrero, para los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Es claro que Rosa Luxemburgo nunca hizo una defensa vulgar de la democracia "en general". Su toma de posición es más bien, en este punto, la consecuencia lógica de su error de apreciación sobre el agrupamiento de las fuerzas en el estado actual de la revolución; la posición de un revolucionario con respecto a los problemas de la libertad en la época de la dictadura del proletariado, que depende, en última instancia, exclusivamente de lo siguiente: *¿considera a los mencheviques como enemigos de la revolución o como una "corriente" de revolucionarios que "disienten" sobre cuestiones particulares de práctica, organización, etc.?*

Todo lo que Rosa Luxemburgo dice sobre la necesidad de la crítica, sobre el control público, etcétera, todo bolchevique (y Lenin el primero) lo suscribiría, como por otra parte ella misma lo señala. Se trata solamente de saber cómo debe ser realizado esto, cómo la libertad (y todo lo que ella significa) *debe desempeñar una función*

revolucionaria y no contrarrevolucionaria. Uno de los contradictores más inteligentes de los bolcheviques, Otto Bauer, reconoció ese problema bastante claramente. Bauer no combate la esencia "no democrática" de las instituciones estatales bolcheviques con razones abstractas de derecho natural, a lo Kautsky; lo hace porque el sistema soviético impediría un "real" agrupamiento de las clases en Rusia, impediría que los campesinos tuvieran un peso político y los arrastraría al camino político del proletariado. Pero de tal manera, aun contra su voluntad, atestigua el carácter revolucionario de la "supresión de la libertad" por los bolcheviques.

Sobrestimando el carácter orgánico de la evolución revolucionaria, Rosa Luxemburgo se ve llevada a las contradicciones más agudas. Así como el programa de Spartacus constituyó el fundamento teórico de las argucias centristas sobre la diferencia entre "terror" y "violencia", buscando el rechazo del primero y la aprobación de la segunda, del mismo modo se encuentra ya postulada, en este folleto de Rosa Luxemburgo, la consigna de los holandeses y del Partido Comunista Obrero (KAPD) sobre la oposición entre la dictadura del partido y la dictadura de la clase. Por lógica, citando dos personas diferentes que hacen la misma cosa (y en particular, cuando dos personas diferentes *dicen* la misma cosa), lo que hacen o dicen no es idéntico. Sin embargo, la propia Rosa Luxemburgo está aquí peligrosamente próxima a las esperanzas utópicas y exacerbadas en la anticipación de fases ulteriores de la evolución, precisamente porque se aleja del conocimiento de la estructura real de las fuerzas en presencia. Esas consignas bordean en la utopía y solo la actividad práctica –es cierto que breve– de Rosa Luxemburgo en la revolución la apartó felizmente de ese camino.

La contradicción dialéctica del movimiento socialdemócrata, dice Rosa Luxemburgo en su artículo contra Lenin⁵², reside justamente en el hecho de que:

... por primera vez, desde que existe la sociedad civil, las masas populares hacen valer su voluntad conscientemente y frente a todas las clases dominantes, mientras que la realización de esta voluntad solo es posible *más allá* de los límites del actual sistema social. Pero las masas no pueden adquirir y fortificar dentro de sí esta voluntad, sino en la lucha cotidiana contra el orden constituido, o sea *en los límites* de este orden. Por una parte las masas populares, por la otra un fin situado más allá del orden social existente; por un lado la lucha cotidiana, y por el otro la revolución: tales son los términos *de la contradicción dialéctica* en la que se mueve el movimiento socialista...

Pero esta contradicción dialéctica no se atenúa durante la dictadura del proletariado, únicamente se modifican en su materia los miembros, el marco presente de la acción y el "más allá". Y el problema de la libertad y de la democracia, que durante la lucha en el marco de la sociedad burguesa parecía ser un problema simple, ya que cada palmo de terreno libre conquistado era un terreno *conquistado a la burguesía*, adquiere ahora una forma aguda tornándose *dialéctico*. Tampoco la conquista efectiva de "libertades" a la burguesía se opera siguiendo una línea recta, aunque seguramente la línea táctica del proletariado en la fijación del fin haya sido una línea recta y ascendente. En la actualidad, esta posición debe también modificarse.

52 Ibid. (subrayado por G. Lukács).

De la democracia capitalista –dice Lenin– “el desarrollo progresivo no discurre de un modo sencillo, directo y ‘tranquilo’ hacia una democracia cada vez mayor”⁵³. Ello no es posible debido a que la esencia social del período revolucionario consiste precisamente en que, a consecuencia de la crisis económica, la estratificación de las clases se modifica sin cesar de manera brusca y violenta, tanto en el capitalismo en vías de disolución como en la sociedad proletaria que lucha por adquirir forma. Es por ello que un *constante reagrupamiento en las energías revolucionarias es una cuestión vital para la revolución*.

Sabiendo con certeza que la situación de conjunto de la economía mundial debe impulsar tarde o temprano al proletariado hacia una revolución a escala mundial, que será única en condiciones de cumplir realmente en sentido socialista las medidas económicas, es importante, en pro del desarrollo de la revolución, *conservar por todos los medios y en toda circunstancia el poder del Estado en manos del proletariado*. El proletariado victorioso no debe adelantarse a establecer de manera dogmática su política tanto en el plano económico como en el ideológico. Así como en su política económica (socializaciones, concesiones, etc.) debe maniobrar libremente según los cambios de estratificación de las clases, según las posibilidades o la necesidad de ganar a la dictadura ciertos sectores de trabajadores, o al menos de neutralizarlos, de igual manera no puede decidir sobre el problema de la libertad.

En el período de la dictadura la naturaleza y la medida de la “libertad” dependerán del estado de la lucha de clases, del poder del enemigo, de la intensidad de la amenaza

53 V.I. Lenin. “El Estado y la revolución”, en: *Obras Escogidas*, t. VII, p. 2.

que pesa sobre la dictadura, de las reivindicaciones de los sectores por ganar, de la madurez de los sectores aliados y de aquellos influenciados por el proletariado. La libertad (no más, por ejemplo, que la socialización) no puede representar un valor en sí misma. *Debe servir al gobierno del proletariado y no a la inversa*. Solo un partido revolucionario como el de los bolcheviques es capaz de ejecutar esas modificaciones, frecuentemente muy bruscas, del frente de lucha; solo él posee la suficiente flexibilidad, capacidad de maniobra y ausencia de prejuicios en la apreciación de las fuerzas realmente actuantes, para progresar, pasando por Brest-Litovsk, por el comunismo de guerra y la más salvaje guerra civil, hasta llegar a la Nueva Política Económica (NEP); y de allí, modificándose nuevamente la situación del poder, a nuevos reagrupamientos de las fuerzas, conservando intacto al mismo tiempo lo esencial: el primado del proletariado.

Pero en esta sucesión de fenómenos hay un polo que permanece fijo: es la toma de posición contrarrevolucionaria de las otras "corrientes del movimiento obrero". Una línea recta va de Kornilov a Kronstadt. Su crítica de la dictadura no es una autocrítica del proletariado – crítica cuya posibilidad debe estar preservada, aun durante la dictadura, a nivel de las instituciones –, sino una tendencia a la desintegración, a colocarse al servicio de la burguesía.

A ellos pueden aplicársele con justeza las palabras de Engels a Augusto Bebel: "En tanto que el proletariado tiene necesidad del Estado, no lo tiene por interés en la libertad sino para aplastar a sus adversarios"⁵⁴. Y si durante la Revolución alemana Rosa Luxemburgo modificó los

54 Citadas por V.I. Lenin en "El Estado y la revolución", en: *Obras Escogidas*, t. VII, p. 2.

criterios analizados aquí, se debe, seguramente, al hecho de que los pocos meses en que vivió con gran intensidad y dirigió la revolución que se había tornado actual, la convencieron de la falsedad de sus concepciones anteriores sobre la revolución y, en primer lugar, del carácter erróneo de sus puntos de vista sobre el papel del oportunismo, sobre la naturaleza de la lucha a llevar a cabo contra él y, por consiguiente, sobre la estructura y función del propio partido revolucionario.

GEORG LUKÁCS

Enero de 1922

NOTA BIBLIOGRÁFICA SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA

Este escrito póstumo fue publicado por primera vez por Paul Levi en la Navidad de 1921. Ya que allí se hace referencia a un número de una publicación sindical del 20 de octubre de 1918, se puede presumir que no fue concluido antes de esa fecha. Paul Levi (1883-1930), que con Kurt Rosenfeld había defendido a Rosa Luxemburgo ante el tribunal de Frankfurt del Meno en 1914, entró en relación con Lenin en Suiza (que debía luego defenderlo, en una primera época, contra la izquierda del KPD). Después del arresto de Leo Jogiches, ocurrido el 24 de marzo de 1918, se convierte en el jefe efectivo de los espartaquistas y fue informante por el Comité Central en favor de la participación en las elecciones de la Asamblea Nacional en el Congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania.

Paul Levi era uno de los once miembros de la Central espartaquista, reelegida (con el agregado de Frölich en representación de los comunistas internacionalistas de Alemania) como dirección del nuevo partido. Fue luego presidente del partido. Expulsado en 1921, reingresó inmediatamente en el Partido Socialdemócrata. Fue en el momento de la ruptura cuando Levi publicó un texto incompleto, que estaba en su poder, del folleto de Rosa Luxemburgo, en las ediciones Gesellschaft und Erziehung G.m.b.H., Berlin-Fichtenau.

Su prefacio, datado el 14 de noviembre de 1921, polemiza violentamente con Lenin y Trotsky y relata la historia del folleto. Después de Brest-Litovsk, Rosa Luxemburgo escribió para las *Spartakusbrieft* algunos artículos de crítica.

Levi afirma haberse opuesto a su publicación no obstante la insistencia de la autora (sin embargo, uno de ellos fue publicado). En septiembre de 1918 la visitó en la cárcel de Breslau sin lograr convencerla de su error, pero ella aceptó retirar un artículo suyo contra la táctica bolchevique. El folleto habría sido escrito para convencer a Levi, a quien a través de una amiga de confianza le informó de las grandes líneas del trabajo. Rosa Luxemburgo se habría basado no solo en la prensa alemana, sino también en todas las publicaciones y folletos rusos aparecidos hasta ese momento, que entraban en Alemania mediante la embajada soviética y que amigos fieles le introducían clandestinamente en la cárcel. Levi defendía su actitud, señalando el proceso de consolidación bolchevique y la necesidad de un distanciamiento crítico con respecto a la experiencia rusa. Las únicas modificaciones del texto se referían al completamiento de las citas dejadas en suspenso o en blanco por la autora. Entre otras cosas, Levi insinuaba que “el opúsculo estaba en cierto modo destinado a las llamas”.

Clara Zetkin (que con A. Warski había emitido en Berlín una *Erklärung* fechada el 20 de diciembre de 1921, de crítica a la publicación del ensayo)⁵⁵ retoma el análisis a partir de estas afirmaciones de Levi en *Um Rosa Luxemburg Stellung zur Russischen Revolution (Sobre la posición de Rosa Luxemburgo respecto de la Revolución rusa)*⁵⁶. Zetkin informa que Rosa Luxemburgo en el verano de 1918 le había escrito para que insistiera ante Mehring para un

55 V. *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja). Zentralorgan der Kommunistischen Partei Deutschlands (Sektion der Kommunistischen Internationale), Berlín, 22 de diciembre de 1921, edición de la mañana, y *Die Internationale*, J. 4, H. 1-2 del 19 de enero.

56 *Um Rosa Luxemburg Stellung zur Russischen Revolution*. Verlag der Kommunistischen Internationale, Hamburg, Carl Hoym Nachf, Louis Cahnbley, 1922.

examen científico de la posición bolchevique, y le había también mencionado el proyecto de un trabajo suyo dedicado al tema, del que a continuación agregó que estaba "superado". Leo Jogiches (su ejecutor testamentario moral) estaba convencido de que Rosa no habría aprobado su publicación. Él le había encargado, después de la muerte de la amiga, efectuar una búsqueda de manuscritos, cartas, etc., en su habitación (desde septiembre de 1911 en Lindenstrasse, en el suburbio berlinés de Südende), que fuera puesta preventivamente bajo vigilancia por los hombres de Noske. Ella había encontrado algunas hojas conteniendo críticas a la política agraria y de las nacionalidades de los bolcheviques. Jogiches le restituyó los folletos y le pidió que los quemara porque eran demasiado fragmentarios en comparación con otros escritos sobre la táctica bolchevique; que no debían ser publicados, pero no por respeto a los amigos bolcheviques, quienes estaban en condiciones de soportar críticas, sino por respeto a Rosa, que había modificado sus propias ideas y no deseaba publicar esas notas. Ella, sin embargo –había agregado Jogiches–, tenía intenciones de escribir un trabajo más amplio sobre la revolución bolchevique. Cuando había escrito aquellas notas no estaba muy informada de los acontecimientos. La obra de Rosa debía ser considerada como una herencia destinada al proletariado internacional de la que ellos dos eran los ejecutores testamentarios "naturales", y Karski y Waski, los editores. Pero Clara Zetkin no se dejó convencer para destruir las notas, pensando en su interés histórico futuro. En consecuencia, ella niega que se haya quemado algo, tanto más cuanto el manuscrito se encontraba en manos de Levi, o de una persona amiga de él, como lo demostraba su publicación. Por lo demás, los bolcheviques no habían ocultado nunca la transitoria posición de Rosa Luxemburgo. Radek –recuerda Clara

Zetkin— ya en su libro *Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches*⁵⁷ la había mencionado, lo mismo que a su artículo crítico en las *Spartakusbrieft*.

En 1928, en la entrega n.º XII del llamado *Archiv Grünberg*, Félix Weil publicó otros fragmentos en *Rosa Luxemburgo über die russische Revolution. Einige unveröffentlichte manuskripte (Rosa Luxemburgo a propósito de la Revolución rusa. Algunos manuscritos no publicados)*. Un encargado berlinés del Instituto se había dirigido a sus conocidos para recoger documentos sobre la guerra y el movimiento revolucionario. En aquella ocasión se encontró un legajo de 108 páginas de cuaderno escritas, de las cuales 37 a lápiz y 71 a tinta; 87 de ellas representaban el manuscrito original del texto de Levi, el resto consistía en hojas sueltas de notas y en 14 páginas dedicadas a la “guerra, la cuestión nacional y la revolución”. En el texto publicado por Levi no solo faltaba un cierto número de hojas sueltas, de observaciones o proyectos, sino también ciertos párrafos más o menos largos del mismo manuscrito, y algunas abreviaciones y palabras habían sido mal interpretadas y transcritas erróneamente.

Dada la semejanza de papel y de tinta, el fragmento es seguramente del mismo período del manuscrito de *La Revolución rusa*. Weil indica a Mathilde Jacob, una amiga de Rosa Luxemburgo que se fue del KPD con Levi, como la primera depositaria del manuscrito. Cuando los sucesos de enero ella lo puso a salvo entre algunos amigos que lo habrían extraviado. El texto de Levi se habría basado en una copia no controlada. Para su publicación, Mathilde Jacob se había dirigido a quien en 1918 había hecho hacer las copias y se encontró una de estas en la oficina.

57 Karl Radek. *Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches*, Hamburg, Verlag der Kommunistischen Internationale, Carl Hoym Nachf, Louis Cahnbley, 1921.

Según Weil, el fragmento sobre *La cuestión nacional* es o debía convertirse en: 1) un capítulo de *La Revolución rusa*; o 2) un capítulo de un trabajo sobre los partidos socialdemócratas de los países beligerantes, proyectado por Rosa Luxemburgo y que ella quería escribir –según lo informado por M. Jacob a Weil– en la cárcel de Breslavia, pero que no lo hizo porque la revolución la liberó antes; o bien 3) el manuscrito de una contribución a las *Spartakusbrieft* (pero es “bastante inverosímil”). Una o dos contribuciones a esta hoja clandestina no fueron publicadas y los manuscritos desaparecieron, pero el carácter del fragmento no es de tipo agitatorio. 4) Ernst Meyer indicó a Weil la posibilidad de que se pudiese tratar del capítulo conclusivo para una nueva edición de la *Junius-Broschüre* (hipótesis considerada por Weil como forzada).

Weil tiende a considerar el fragmento más como un capítulo de *La Revolución rusa*, dedicado a la cuestión de las nacionalidades. En efecto, en un punto del manuscrito Rosa Luxemburgo promete volver sobre el tema del derecho de “autodeterminación de las naciones” y en el manuscrito se observaría en un punto la necesidad de una interpolación. Las notas en cuestión serían, por lo tanto, apuntes destinados a una futura elaboración que no fueron luego transcritos en el manuscrito.

Pero las integraciones de Weil tampoco son completas. Afirma que incluye solo las correcciones a agregados principales, por ello ni siquiera la edición de los antiestalinistas del *Neuer Weg* (que se presentaba como “primera edición completa” pero que, como advierte la *Vorbemerkung* inicial, se basa en Levi más que en Weil) es completa. Por lo demás, Levi advierte haber completado algunas citas en blanco en el texto. La traducción

norteamericana de Bertram D. Wolfe⁵⁸ se basa en el texto del *Neuer Weg*; primero apareció en un periódico de las *Workers Age* y luego en folleto en mayo de 1940, con una introducción del conocido historiador (pero es omitido el apartado sobre “la cuestión nacional”).

La primera traducción italiana de la versión más completa es la de Franco Galluppi⁵⁹, del francés, aparecida en septiembre de 1959. De las notas de Bracke –que son allí traducidas y acompañan las de Lucien Laurat–, así como también de la confrontación de los textos, surge que la base de esta edición italiana es la traducción francesa de A. M. Desrousseaux (Bracke), amigo de Rosa Luxemburgo.⁶⁰

Tanto el texto francés como su versión italiana no incluyen el fragmento sobre “la cuestión nacional” publicado por Weil. La edición italiana presenta, además, los fragmentos hechos conocer por Weil entre barras, tal como lo hiciera la edición *Neuer Weg*. El texto francés es el primero que reproduce las integraciones de Weil, pero, por lo demás, es la reedición mejorada de la primera versión en francés del mismo Bracke⁶¹, aparecida en 1922. Por otra parte, en enero de 1937 *Spartacus Cahiers Mensuels*

58 Rosa Luxemburgo. *The Russian Revolution*, Workers Age Publishers, New York City: 1940.

59 Rosa Luxemburgo. *La Rivoluzione russa e questioni di organizzazione della socialdemocrazia russa*. Opere Nuove, Roma: 1959.

60 Rosa Luxemburgo. “La révolution russe”, en: *Spartacus Cahiers Mensuels*, Éditions J. Lefevre, Paris: aparecido en el segundo trimestre de 1946 y reimpresso en el número de mayo de 1948.

61 Cf. el prefacio de Bracke que cita el volumen de Rosa Luxemburgo. *La révolution russe. Examen critique*, Librairie Populaire, Paris: 1922.

lo había ya presentado en la traducción de Marcel Ollivier con prefacio de Michel Collinet.

El texto con el que con conocimiento directo o indirecto Rosa Luxemburgo polemiza (pero del cual, en parte, parece acoger sus argumentos –como resulta evidente por las réplicas de Clara Zetkin a las mismas posiciones; réplicas que, a diferencia de las de Rosa Luxemburgo, se hicieron públicas–) es el libro de Karl Kautsky⁶², *Die Diktatur des Proletariats*. La posición de Marx sobre la cuestión de la dictadura del proletariado es discutida en extenso en el capítulo 5 (“Die Diktatur”) del escrito de Kautsky. Pero el punto en el que Rosa Luxemburgo se aproxima más al viejo maestro es sobre la influencia educativa de la democracia.⁶³

La discusión sobre democracia y dictadura era, por entonces, general en la prensa socialista independiente, y los textos principales debían ser conocidos por Rosa Luxemburgo. Entre otros, había aparecido en *Sozialistische Auslandspolitik* también un escrito de MártoV, con el título de *Marx und das Problem der Diktatur des*

62 Karl Kautsky. *Die Diktatur des Proletariats (La dictadura del proletariado)*, Wien, Verlag der Wiener Volksbuchhandlung Ignaz Brand, s.d., (per) data de después del 5 de agosto de 1918, día del que se hace una referencia explícita en el texto. Pero una toma de posición de Kautsky por la absoluta prioridad de la democracia se remonta ya a *Demokratie und Diktatur* (en el *Beilage* del n.º 43 del *Mitteilungs-Blatt*), en *Mitteilungs-Blatt des Verbandes der Sozialdemokratischen Wahlvereine Berlins und Umgegend*, órgano berlinés del Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Berlín, 20 de junio de 1913; que es, por otra parte, la reimpresión del artículo idéntico aparecido en la revista mimeografiada *Socialistische Auslandspolitik Korrespondenz*, Herausgegeben von Dr. R. Breitscheid, (Als Manuskript Versandt), J. 4, Nr. 1 del 3 de enero de 1918.

63 V. los capítulos 4, “Die ti wirkungen der demokratie”; y 8, “Der anschauungsunterricht”, del citado opúsculo kautskyano.

Proletariats, citado por Clara Zetkin en su enfrentamiento con Kautsky.⁶⁴

Sobre el folleto póstumo de Rosa Luxemburgo intervinieron también A. Warski⁶⁵ y Georg Lukács.⁶⁶

-
- 64 Clara Zetkin. "Durch Diktatur zur Democratie" (en el *Beilage* del n.º 29 del *Mitteilungs-Blatt* del 20 de octubre de 1918) en polémica con *Demokratie oder Diktatur de Kautsky*, en *Sozialistische Auslandspolitik Korrespondenz*, cit., J. 4, H. 34. Muchas informaciones sobre estas polémicas se encuentran en Robert Leibbrand; Klaus Mammach, "Die Stellung der Arbeiterparteien in Deutschland u einigen Problemen der Grossen Socialistischen Oktoberrevolution", en: *Revolutionäre Ereignisse und Probleme in Deutschland Während der Periode der Grossen Socialistischen Okto-berrevolution 1917-1918*, Akademie Verlag, Berlín: 1957.
- 65 A. Warski. "Rosa Luxemburgs Stellung zu den Taktischen Problemender Revolution" [La posición de Rosa Luxemburgo con respecto a los problemas tácticos de la revolución], en: *Die Internationale*, J. 4, H. 5, 6, 7 del 22 y 29 de enero y del 5 de febrero de 1922. Reimpreso como *Organisationsaufgabe*, Hamburgo, Cahnbley, 1922.
- 66 G. Lukács. "Kritische Bemerkungen zu Rosa Luxemburg Kritik der Russischen Revolution" ("Observaciones críticas a la *Crítica de la Revolución rusa* de Rosa Luxemburgo"), en: *Die Internationale*, J. 4, H. 8, 10, 11 del 12 y 26 de febrero y del 5 de marzo de 1922.

BIBLIOGRAFÍA

- Hoym Nachf, Carl y Cahnbley, Louis. (1922). *Um Rosa Luxemburg Stellung zur Russischen Revolution*. Hamburg: Verlag der Kommunistischen Internationale.
- Kautsky, Karl. (s.d.). "Demokratie oder Diktatur". En: *Sozialistische Auslandspolitik Korrespondenz*, (34).
- Kautsky, Karl. (1918). *Die Diktatur des Proletariats*. Wien: Verlag der Wiener Volksbuchhandlung Ignaz Brand.
- Lenin, V.I. y Zinoviev, G. (1918). *Gegen den Strom*. Petrogrado: s.e.
- Lenin, V.I. (1973). "El Estado y la revolución". En: *Obras escogidas*, t. XII, Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, V.I. (1973). "Sobre el folleto de Junius". En: *Obras escogidas*, t. VI, Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, V.I. (1918, 20 de octubre). "Sobre la reconstrucción de la Rusia zarista". En: *Mitteilungsblatt des Verbandes der Sozialdemokratischen Wahl Vereine Berlins und Umgegend*, B. XIII, Nr. 29, Berlin: Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands.
- Lukács, Georg. (1922, 12 y 26 de febrero, 5 de marzo). "Kritische Bemerkungen zu Rosa Luxemburg Kritik der Russischen Revolution". En: *Die Internationale*.
- Lukács, Georg. (1960). *Histoire et conscience de classe*. París: Editions de Minuit.
- Luxemburgo, Rosa. (s.d.). *Die Russische Revolution. Eine Kritische Würdigung. Aus dem Nachlass von Rosa Luxemburg*. Erste Vollständige Ausgabe Herausgegeben von Neuer Weg, París: Verlag Jean Flory Éditeur.
- Luxemburgo, Rosa. (1903-1904). "Organisationsfragen der Russischen Sozialdemokratie". En: *Die Neue Zeit*, (42)(43).

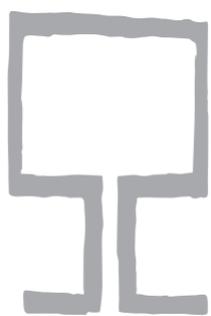
- Luxemburgo, Rosa. (1922). *La révolution russe. Examen critique*. París: Librairie Populaire.
- Luxemburgo, Rosa. (1940). *The Russian Revolution*. New York City: Workers Age Publishers.
- Luxemburgo, Rosa. (1946). "La révolution russe". En: *Spartacus Cahiers Mensuels*, París: Éditions J. Lefeuve.
- Luxemburgo, Rosa. (1946). *¿Reforma o revolución?* Buenos Aires: (s/e).
- Luxemburgo, Rosa. (1963). *Scritti Scelti*. Milano: Edizioni Avanti.
- Luxemburgo, Rosa. (1964). *La révolution russe*. París: François Máspero.
- Luxemburgo, Rosa. (1959). *La Rivoluzione russa e questioni di organizzazione della socialdemocrazia russa*. Roma: Opere Nuove.
- Luxemburgo, Rosa. (1919). *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*. Leipzig: Vulkan-Verlag.
- Marx, Karl. (1960). "Die Klassenkämpfe in Frankreich, 1818 bis 1859". En: Marx-Engels. *Werke*. Berlín: Dietz Verlag.
- Radek, Karl. (1921). *Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches*. Hamburg: Verlag der Kommunistischen Internationale. Carl Hoym Nachf; Louis Cahnbley.
- Trotsky, León. (1918). *Von der Oktoberrevolution bis zum Brester Friedensvertrag*, Belp-Bern: Promachos-Verlag.
- Warski, A. (1922, 22 y 29 de enero, 5 de febrero). "Rosa Luxemburgs Stellung zu den Taktischen Problemen der Revolution". En: *Die Internationale*.
- Wendel, Hermann. (1914). "Volkskrieg". *Die Neue Zeit*, xxxii, 2, (1913-14), n.º 20 del 28 de agosto de 1914.
- Zetkin, Clara. (1918, 20 de octubre). "Durch Diktatur zur Demokratie". En: *Mitteilungs-Blatt*, (29).
- Zetkin, Clara. (1922, 22 de diciembre). "Erklärung". En: *Die Rote Fahne*.

ÍNDICE

Nota editorial	9
Prólogo	11
Nota biográfica	15
La Revolución rusa. Un examen crítico	21
Observaciones críticas a la crítica de la Revolución rusa de Rosa Luxemburgo. Georg Lukács	85
Nota bibliográfica sobre <i>La Revolución rusa</i>	119
Bibliografía	129

EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2017

Caracas-Venezuela



LA REVOLUCIÓN RUSA UN EXAMEN CRÍTICO

La relectura de una obra fundamental como la de Rosa Luxemburgo aporta hoy claves al pensamiento revolucionario mundial. En su ensayo *La Revolución rusa. Un examen crítico*, escrito durante su período de reclusión en la cárcel de Breslau (1918), realiza una crítica incisiva al desarrollo de la Revolución rusa y los sucesivos trastornos sufridos en su evolución a consecuencia de la ruptura producida con la socialdemocracia occidental. El consecuente aislamiento y las restricciones impuestas por los bolcheviques a la democracia obrera figuran entre sus principales críticas a este proceso revolucionario. *La Revolución rusa. Un examen crítico* se publica en 1922 por iniciativa de Paul Levi, compañero de militancia, luego del asesinato de esta audaz revolucionaria junto con Karl Liebknecht.

ROSA LUXEMBURGO (Zamość, 1870-Berlín, 1919)

Revolucionaria y teórica marxista. A consecuencia de la Primera Guerra Mundial, su carácter pacifista la obliga a romper con el Partido Socialdemócrata Alemán, promotor junto con el gobierno del patriotismo beligerante y el militarismo del momento. Afectada por los horrores de una guerra de corte imperialista, funda la Liga Espartaquista y participaría, poco después, en la fundación del Partido Comunista Alemán. La evolución de su pensamiento, sustentado por la filosofía marxista, se orientó a dar una respuesta contundente desde la reflexión profunda de la crisis del capitalismo. Su activismo y liderazgo político apuntaba a la toma de conciencia de la masa trabajadora. Entre sus obras se cuentan *Reforma o revolución* (1900); *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906); y *La crisis de la socialdemocracia* (1916).